

¿QUIÉN TE ENSEÑÓ?



OSVALDO REBOLLEDA

¿QUIÉN TE ENSEÑÓ?



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
<u>PARTE I</u> El hombre escondido: La ilusión de estar bien	
Capítulo uno:	
Escondido entre los árboles	11
Capítulo dos:	
¿Dónde estás tú?	15
Capítulo tres:	
La ignorancia sofisticada	19
<u>PARTE II</u> ¿Quién te enseñó?: El origen del engaño.	
Capítulo cuatro:	
La pregunta que desenmascara	25
Capítulo cinco:	
El árbol del conocimiento	30
Capítulo seis:	
Fuentes contaminadas de enseñanza	35
Capítulo siete:	
Cuando la mentira parece verdad	40
<u>PARTE III</u> ¿Qué estás comiendo?: La formación interior.	
Capítulo ocho:	
Comiendo del árbol equivocado	46
Capítulo nueve:	
La dieta del alma	51
Capítulo diez:	
Enfermedades del alma	56

Capítulo once:
Cristo el Árbol de la vida.....61

PARTE IV ¿Qué has hecho?: Responsabilidad y gobierno.

Capítulo doce:
La evasión del hombre.....67

Capítulo trece:
Responsabilidad espiritual.....71

Capítulo catorce:
Los hechos hablan.....76

Capítulo quince:
Gestionar la Fe correctamente.....81

PARTE V Cristo: La restauración del diseño.

Capítulo dieciséis:
El segundo Adán.....87

Capítulo diecisiete:
Desnudos ante Dios.....92

Capítulo dieciocho:
La mente de Cristo.....97

Capítulo diecinueve:
Volviendo a la fuente correcta.....102

Reconocimientos.....107

Sobre el autor.....109

INTRODUCCIÓN

Hay preguntas que informan, y hay preguntas que revelan. Las primeras buscan datos; las segundas exponen el alma. La pregunta que trataremos en este libro es de estas últimas. Una pregunta que ha transitado la historia misma de la humanidad.

En el principio, cuando el hombre aún respiraba la pureza del diseño eterno, no existían máscaras, ni discursos, ni argumentos. Todo era transparente. La comunión con Dios no era una práctica espiritual, era la atmósfera natural de su existencia. El hombre no necesitaba defenderse, porque no había nada que ocultar. No necesitaba justificarse, porque no había culpa. No necesitaba aprender por sí mismo, porque vivía conectado a la fuente perfecta de toda sabiduría.

Pero un día, algo cambió. No fue simplemente un acto de desobediencia. Fue algo más profundo, más sutil, más trascendental: el hombre decidió pensar sin Dios. Decidió interpretar la realidad desde una fuente ajena al Creador. Y en ese instante, sin darse cuenta, abrió la puerta a una nueva forma de existencia: una vida construida desde la desconexión.

El relato de Génesis no es solo el registro de un evento antiguo. Es la radiografía espiritual de toda la humanidad. Es

el espejo en el que cada generación, consciente o inconscientemente, vuelve a mirarse.

Adán no solo pecó... Adán redefinió la manera de percibir. Y lo primero que ocurrió no fue externo, fue interno. No cambió su entorno, cambió su mirada. La Biblia dice: *“Entonces fueron abiertos los ojos de ambos...”* pero no para ver mejor, sino para ver diferente.

Lo que antes no era problema, ahora lo era. Lo que antes no generaba vergüenza, ahora producía miedo. Lo que antes era libertad, ahora se convirtió en exposición. Y entonces, el hombre hizo lo que hasta hoy sigue haciendo: intentó resolver con sus propias manos lo que solo Dios podía restaurar.

Se escondió, se cubrió, se justificó. Tomó hojas de higuera y construyó una cobertura improvisada, frágil, insuficiente. No porque no supiera hacer algo mejor, sino porque había perdido la capacidad de discernir correctamente.

El hombre que había sido creado en sabiduría comenzó a actuar desde la ignorancia. No una ignorancia simple, sino una ignorancia peligrosa: aquella que cree tener razón.

Desde ese momento, la historia humana quedó marcada por ese mismo patrón: ocultarse en lugar de exponerse, aparentar en lugar de ser, justificarse en lugar de

arrepentirse, y aprender de fuentes equivocadas creyendo que son correctas.

Pero en medio de ese escenario, se escucha una voz. No es la voz de un juez apresurado, ni la de un Dios distante. Es la voz del Padre que se acerca, que camina, que busca. Es la voz que no grita desde lejos, sino que se manifiesta en cercanía, aun cuando el hombre ha decidido alejarse.

“¿Dónde estás tú?” La pregunta no apunta a la ubicación geográfica del hombre, sino a su condición espiritual. No busca saber dónde está su cuerpo, sino revelar dónde está su corazón. Porque se puede estar en el lugar correcto físicamente y, sin embargo, completamente fuera del propósito.

Y luego, una segunda pregunta, aún más profunda, más incisiva, más reveladora, digna de ser tratada: **“¿Quién te enseñó que estabas desnudo?”** Esta no fue una pregunta sobre vestimenta. Fue una pregunta sobre influencia. Sobre origen. Sobre formación interna. Sobre la fuente de donde nace la manera de pensar.

Es como si Dios dijera: ¿De dónde viene lo que ahora crees? ¿Quién introdujo en ti esta nueva forma de ver? ¿En qué momento comenzaste a interpretar la vida sin Mí? Porque toda conducta tiene una raíz. Y toda raíz está conectada a una enseñanza. Nadie vive sin haber sido enseñado. La cuestión no es si hemos aprendido... sino de quién hemos aprendido.

A partir de ese instante, la humanidad quedó expuesta a un conflicto permanente: vivir desde la verdad de Dios o desde interpretaciones ajenas a Él.

El árbol del conocimiento del bien y del mal no representaba simplemente información prohibida. Representaba la posibilidad de desarrollar un criterio independiente, una forma de discernir al margen de Dios. Y ese ha sido, desde entonces, el mayor problema del ser humano: no su falta de conocimiento, sino su exceso de independencia.

Hoy, miles de años después, la escena sigue repitiéndose. El hombre continúa escondiéndose, aunque ahora detrás de logros, títulos, plataformas, discursos o incluso religiosidad. Continúa cubriéndose, aunque ya no con hojas, sino con sistemas de pensamiento, ideologías, argumentos y estructuras que intentan justificar su condición. Continúa siendo enseñado... pero no siempre por la verdad.

Vivimos en una generación saturada de voces. Ideas, filosofías, corrientes culturales, narrativas emocionales, doctrinas humanas... todas compiten por formar el entendimiento del hombre. Y en medio de ese ruido, la pregunta de Dios sigue vigente, atravesando siglos, culturas y generaciones: *¿Quién te enseñó?*

Este libro no es simplemente un análisis teológico. Es una invitación a detenerse, a mirar hacia adentro y a confrontar la raíz de nuestra manera de pensar. Es un llamado

a revisar las fuentes que han moldeado nuestra vida, nuestras decisiones, nuestras creencias y aún nuestra forma de relacionarnos con Dios.

No se trata solo de identificar el error, sino de volver al diseño. No se trata solo de reconocer la caída, sino de abrazar la restauración. Porque la historia no terminó en Adán. Existe un Segundo Hombre, una nueva cabeza, una nueva fuente, una nueva manera de vivir y de pensar: “Cristo”.

En Él no solo hay perdón, hay restauración del entendimiento. En Él no solo hay redención, hay reposicionamiento. En Él no solo hay vida eterna, hay una nueva forma de vivir en la tierra. Volver a Dios no es solo volver a Su presencia... es volver a Su verdad. Es permitir que Él desmonte lo que aprendimos fuera de Él, para enseñarnos nuevamente desde Su Espíritu.

Este libro es, en esencia, un camino de regreso. Un regreso a la transparencia. Un regreso a la fuente correcta. Un regreso a la mente alineada con el Reino. Porque al final, la pregunta no es solo qué hicimos... ni siquiera dónde estamos...

La pregunta que puede transformar toda una vida es esta: *¿Quién nos está enseñando ahora?*

PARTE I

EL HOMBRE ESCONDIDO LA ILUSION DE ESTAR BIEN

Capítulo uno

ESCONDIDOS ENTRE LOS ÁRBOLES

“Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto.”

Génesis 3:8

El primer movimiento del hombre después de pecar no fue correr hacia Dios, sino esconderse de Él. No fue arrepentimiento lo que surgió de inmediato, sino miedo. No fue transparencia, sino ocultamiento. Y ese patrón, lejos de haber quedado en el Edén, sigue latiendo en el corazón humano hasta hoy.

El relato es sencillo, pero profundamente revelador. El hombre, que había sido creado para caminar con Dios, ahora se esconde de Él. El que fue diseñado para la comunión, ahora huye de la presencia. El que vivía en luz, ahora busca cobertura en las sombras.

Es impactante notar que no cambiaron de lugar, cambiaron de condición. Dios seguía descendiendo al huerto como siempre, pero el hombre ya no era el mismo. El pecado no solo alteró su conducta, alteró su percepción. Donde antes había deleite, ahora hay temor. Donde antes había libertad, ahora hay vergüenza.

El texto dice que se escondieron **“entre los árboles del huerto”**. No salieron del huerto, permanecieron dentro del lugar correcto, pero en una posición equivocada. Esto revela una verdad inquietante: se puede estar en el lugar de Dios, pero no estar con Dios. Se puede habitar el entorno correcto y aun así vivir desconectado de la fuente.

Hoy, muchos viven exactamente así. Permanecen en contextos espirituales, asisten a reuniones, participan en dinámicas religiosas, pero su corazón está escondido. No han salido del “huerto”, pero tampoco caminan con Dios. Han aprendido a moverse dentro de lo espiritual sin exponerse verdaderamente a Él.

El problema no es solo el pecado, sino lo que el pecado produce: miedo. Adán lo expresa con claridad cuando Dios lo llama: **“Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí” (Génesis 3:10)**. El miedo se convierte en el nuevo filtro de su relación con Dios. Ya no interpreta la voz divina como invitación, sino como amenaza.

Pero este miedo no proviene de Dios. **“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor”**

(1 Juan 4:18). El temor que lleva al hombre a esconderse no es una evidencia de reverencia, sino una consecuencia de la desconexión. Es el resultado de haber perdido la referencia correcta de quién es Dios.

A partir de ese momento, el hombre comienza a desarrollar estrategias para cubrir su condición. **“Entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales” (Génesis 3:7).** Esta es la primera expresión de religión en la historia: el intento humano de cubrir una realidad interna con soluciones externas.

Las hojas de higuera representan todo aquello que el hombre produce para aparentar lo que ha perdido. Son esfuerzos humanos para compensar una condición espiritual. Son obras sin vida, apariencias sin transformación, estructuras sin esencia.

Hoy, esas hojas siguen existiendo, aunque con formas más sofisticadas. Son las máscaras de imagen, la espiritualidad superficial, el activismo religioso, la autosuficiencia disfrazada de madurez. Son vidas cuidadosamente construidas para no ser vistas en su verdadera condición.

El problema de las hojas de higuera no es solo que son insuficientes, sino que son temporales. No tienen capacidad de cubrir verdaderamente la vergüenza del alma. Son frágiles, perecederas, incapaces de resolver lo profundo. Solo Dios puede cubrir lo que el pecado dejó expuesto.

Sin embargo, el hombre insiste en esconderse. Porque esconderse da una falsa sensación de control. Mientras no soy expuesto, parece que todo está bien. Mientras nadie ve mi condición, puedo sostener mi imagen. Pero Dios no busca exposición para condenar, sino revelación para restaurar.

La voz que llama en el huerto no es la de un juez airado, sino la de un Padre que busca. ***“Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?” (Génesis 3:9).*** No es una pregunta geográfica, es una confrontación amorosa. Dios no pierde al hombre por desconocimiento, sino que lo llama para que el hombre reconozca su propia condición.

El problema nunca fue que Dios no supiera dónde estaba Adán, sino que Adán ya no sabía dónde estaba él mismo. Y ahí comienza todo. Porque mientras el hombre permanezca escondido, no podrá ser restaurado. Mientras se aferre a sus hojas, no podrá recibir la cobertura de Dios. Mientras huya de la presencia, seguirá viviendo desde el miedo y no desde la verdad.

El Reino de Dios no se edifica sobre hombres que aparentan, sino sobre hombres que se exponen. No sobre los que se esconden, sino sobre los que responden a la voz que llama. La pregunta no es si Dios sigue hablando. La pregunta es si estamos dispuestos a salir de entre los árboles.

Porque hay una gran diferencia entre estar en el huerto y caminar con Dios. Esto es algo que debemos resolver.

Capítulo dos

¿DÓNDE ESTÁS TÚ?

*“Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo:
¿Dónde estás tú?”*
Génesis 3:9

Hay preguntas que no buscan información, sino ubicación. No son formuladas para conocer datos, sino para revelar estados. Cuando Dios le dijo al hombre: *“¿Dónde estás tú?”*, no estaba tratando de descubrir su paradero, sino de confrontar su condición.

El hombre siempre sabe responder preguntas externas, pero le cuesta profundamente responder las internas. Puede decir dónde vive, a qué se dedica, con quién se relaciona, pero cuando se le pregunta por su ubicación espiritual, su respuesta se vuelve difusa, incómoda o inexistente.

Adán estaba en el huerto, pero no estaba en su lugar. Y eso revela una verdad que atraviesa generaciones: no todo el que está presente está verdaderamente ubicado. Se puede estar en el escenario correcto y aun así estar fuera del

propósito. Se puede habitar el entorno diseñado por Dios, pero vivir desalineado de su intención.

La pregunta de Dios no apunta al lugar físico, sino al posicionamiento interno. Es una pregunta que atraviesa la apariencia y llega al corazón. ¿Dónde estás en relación a tu diseño? ¿Dónde estás en relación a tu identidad? ¿Dónde estás en relación a Dios?

Porque el verdadero problema del hombre no fue solo haber comido del árbol equivocado, sino haber perdido su ubicación espiritual. El pecado no solo introduce culpa, introduce desorientación. Desplaza al hombre de su eje, lo saca de su centro, lo desconecta de su referencia.

Por eso, desde ese momento, el hombre comenzó a vivir desde una identidad fragmentada. Ya no se percibió como fue creado, sino según como se siente. Y cuando la percepción reemplaza al diseño, la vida comienza a construirse sobre una base inestable.

La Escritura dice: ***“Engañoso es el corazón más que todas las cosas” (Jeremías 17:9)***. Esto significa que, sin una referencia externa confiable, el hombre no puede ubicarse correctamente por sí mismo. Necesita la voz de Dios para entender dónde está realmente.

Muchos creyentes viven hoy en esa misma desconexión. Están activos, involucrados, incluso comprometidos con actividades espirituales, pero

internamente desubicados. Han confundido movimiento con dirección, actividad con propósito, presencia con alineación.

Están, pero no están. Y eso es lo más peligroso. Porque cuando alguien reconoce que está perdido, puede ser hallado. Pero cuando cree que está bien estando desalineado, se vuelve resistente a la corrección. La ilusión de estar bien es más peligrosa que la conciencia de estar mal.

El hijo pródigo es un ejemplo claro de esto. La Escritura dice que *“volviendo en sí...”* (Lucas 15:17), reconoció su condición. Antes de eso, vivía lejos, pero sin conciencia. Tenía movimiento, pero no dirección. Tenía recursos, pero no identidad. Fue necesario que se encontrara con el vacío para poder ubicarse correctamente.

Ubicarse no es un acto emocional, es un acto de verdad. No depende de cómo me siento, sino de lo que Dios dice. Por eso, la voz de Dios sigue siendo indispensable. Porque solo Él puede definir con precisión nuestra posición real.

La pregunta *“¿Dónde estás?”* sigue vigente hoy. No ha perdido fuerza ni relevancia. Dios sigue llamando al hombre a ubicarse, no para exponerlo públicamente, sino para restaurarlo profundamente. Porque nadie puede ser restaurado desde un lugar que no reconoce.

La desalineación del propósito comienza cuando el hombre deja de vivir desde lo que fue diseñado y comienza a

vivir desde lo que ha aprendido. Sustituye la revelación por la experiencia, la verdad por la interpretación, la identidad por la construcción personal. Y así, poco a poco, se aleja sin darse cuenta.

El problema no es solo estar lejos, sino no saber que se está lejos. Por eso, esta pregunta es tan poderosa. Porque rompe la ilusión. Porque interrumpe la inercia. Porque obliga al hombre a detenerse y mirarse con honestidad.

No es una pregunta para responder rápidamente, es una pregunta para discernir profundamente. *¿Dónde estás tú?* No dónde aparentamos estar, no dónde otros creen que estamos, no dónde nos gustaría estar. Sino dónde estamos realmente delante de Dios.

Porque el Reino no avanza con personas desubicadas, sino con personas alineadas. No con los que hacen mucho, sino con los que están donde deben estar. Y la restauración no comienza cuando hacemos algo diferente, sino cuando reconocemos dónde estamos.

Porque solo cuando las personas dejan de esconderse y comienzan a ubicarse, pueden volver a caminar con Dios.

Capítulo tres

LA IGNORANCIA SOFISTICADA

"...teniendo el entendimiento entenebrecido, alejados de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la ceguera de su corazón."

Efesios 4:18

El problema del hombre no comenzó con la falta de conocimiento, sino con el uso incorrecto del conocimiento. Adán no era ignorante en su diseño; fue creado en plena comunión con Dios, con una claridad interior que le permitía discernir, nombrar, ordenar y gobernar. No era un ser en proceso de descubrir la verdad, era un ser formado desde la verdad.

Sin embargo, después de la caída, ocurre algo profundamente paradójico: el hombre, habiendo sido creado sabio, comienza a actuar como ignorante. No pierde su capacidad intelectual, pero pierde su discernimiento espiritual. Y ahí nace una de las formas más peligrosas de ignorancia: la ignorancia sofisticada.

Porque no toda ignorancia se presenta como falta de información. Hay una ignorancia que se viste de lógica, que se disfraza de razonamiento, que se sostiene en argumentos aparentemente coherentes, pero que está desconectada de la verdad de Dios. Es una ignorancia que piensa, analiza y concluye... pero sin la luz correcta.

La Escritura describe este estado con precisión: ***“Profesando ser sabios, se hicieron necios” (Romanos 1:22)***. No dice que dejaron de pensar, dice que su pensamiento se desconectó de la fuente de la verdad. Y cuando eso ocurre, el hombre puede desarrollar sistemas completos de pensamiento que, aunque sofisticados, están completamente desviados.

Adán es el primer ejemplo de esto. Después de pecar, su respuesta a Dios no refleja claridad, sino confusión. ***“La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí” (Génesis 3:12)***. Su argumento tiene lógica, pero no tiene verdad. Explica, pero no asume. Justifica, pero no discierne.

La ignorancia sofisticada no niega los hechos, los distorsiona. No rechaza la realidad, la reinterpreta desde una perspectiva incorrecta. Es capaz de construir explicaciones convincentes que tranquilizan la conciencia, pero no transforman el corazón.

Y este patrón sigue vigente hoy. Vivimos en una generación con acceso ilimitado a información, pero

profundamente confundida en su entendimiento. Se sabe mucho, pero se discierne poco. Se habla con seguridad, pero se vive sin dirección.

La inteligencia humana ha avanzado, pero el entendimiento espiritual se ha debilitado. El problema no es saber, sino desde dónde se sabe. Porque el conocimiento separado de Dios no produce vida, produce confusión. Puede impresionar, pero no transforma. Puede informar, pero no alinea.

Por eso la Escritura dice: ***“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Proverbios 9:10)***. No se trata de acumular conocimiento, sino de estar correctamente alineado con la fuente del conocimiento. Sin esa referencia, todo lo que el hombre construye, por más elaborado que sea, carece de fundamento eterno.

La ignorancia sofisticada tiene una característica peligrosa: no se reconoce a sí misma. Cree que ve, cuando en realidad está ciega. Jesús confrontó este estado cuando dijo: ***“Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; más ahora, porque decís: ‘Vemos’, vuestro pecado permanece” (Juan 9:41)***. La verdadera ceguera no es no ver, es creer que se ve cuando no se ve.

Esto genera un tipo de persona difícil de corregir. Porque no se percibe como necesitada. No busca, porque cree que ya encontró. No pregunta, porque ya tiene respuestas. Y así, se encierra en un sistema de pensamiento que se

retroalimenta a sí mismo, alejándose cada vez más de la verdad. El peligro no está solo en el error, sino en la convicción del error.

Hoy, esta ignorancia se manifiesta en múltiples formas. En filosofías que exaltan al hombre como medida de todas las cosas. En ideologías que redefinen la verdad según la conveniencia cultural. En discursos que apelan a la emoción por encima de la revelación. Incluso dentro de la iglesia, en enseñanzas que suenan espirituales, pero carecen de sustancia divina.

Es un conocimiento sin cruz, sin rendición, sin Espíritu. Pero la sabiduría que viene de Dios es diferente. No busca impresionar, busca transformar. No se centra en el hombre, sino en Cristo. No produce orgullo, produce dependencia. Como está escrito: ***“Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos”*** (Santiago 3:17).

La verdadera sabiduría no solo se reconoce por lo que dice, sino por lo que produce.

El problema de Adán no fue que dejó de pensar, sino que comenzó a pensar separado de Dios. Y cuando el pensamiento se independiza de su fuente, inevitablemente se desvía.

Por eso, el llamado no es a dejar de pensar, sino a volver a pensar correctamente. No desde la autonomía, sino desde la dependencia. No desde la lógica humana, sino desde la mente de Dios.

Porque no todo lo que tiene sentido es verdad. Y no todo lo que parece correcto, está alineado. La pregunta no es cuánto sabemos, sino desde dónde estamos entendiendo. Porque se puede ser brillante y estar perdidos. Se puede ser elocuente y estar desviados. Se puede saber mucho... y no conocer la verdad. Y ahí es donde la ignorancia deja de ser simple, para volverse peligrosa.

***“Porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto,
sino terrenal, animal, diabólica.”***

Santiago 3:15

PARTE II

¿QUIÉN TE ENSEÑÓ? EL ORIGEN DEL ENGAÑO

Capítulo cuatro

LA PREGUNTA QUE DESENMASCARA

*“Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo?
¿Has comido del árbol del que yo te mandé no comieses?”*
Génesis 3:11

Hay preguntas que no se pueden evadir sin quedar expuestos. No porque obliguen a responder en voz alta, sino porque resuenan en lo profundo del alma y confrontan aquello que el hombre intenta ocultar incluso de sí mismo. *“¿Quién te enseñó que estabas desnudo?”* es una de esas preguntas.

No es una pregunta superficial. No apunta al hecho visible, sino al origen invisible. Dios no se enfoca primero en la acción, sino en la fuente que la produjo. No pregunta solo qué hiciste, sino quién te enseñó a pensar de esa manera. Porque toda acción tiene una raíz, y toda raíz tiene una enseñanza.

Adán no solo pecó, también aprendió algo. Incorporó una nueva forma de percibir la realidad. Antes de comer del árbol, estaba desnudo y no tenía vergüenza (**Génesis 2:25**). Su condición externa no cambió después de pecar, pero su percepción interna sí. Y ese cambio no vino de Dios.

Ahí está el punto central: alguien más intervino en su forma de entender. La desnudez no era el problema, el problema fue haber aprendido a verla como problema. Fue la instalación de una nueva narrativa en su mente lo que alteró completamente su experiencia. Lo que antes era natural, ahora se volvió motivo de vergüenza. Lo que antes era libertad, ahora se transformó en inseguridad.

Eso es lo que hace el engaño. No necesariamente introduce algo completamente nuevo, sino que distorsiona lo que ya existe. Cambia la interpretación, altera el significado, reconfigura la percepción. Y cuando la percepción cambia, la realidad comienza a vivirse de otra manera.

Por eso la pregunta de Dios es tan precisa. No le dice: “¿Por qué estás desnudo?”, sino “*¿Quién te enseñó que estabas desnudo?*”. Está señalando que el problema no es solo la condición, sino la enseñanza que redefinió esa condición. Porque el hombre no solo actúa según lo que es, sino según lo que cree que es.

Ahí radica una de las batallas más profundas de la vida espiritual: la batalla por la interpretación. No basta con existir, es necesario entender correctamente lo que somos.

Porque si la interpretación está contaminada, la experiencia también lo estará.

Hoy, muchos viven exactamente en ese mismo estado. No necesariamente han cambiado su diseño, pero sí han cambiado su percepción. Han aprendido a verse desde una perspectiva incorrecta. Se perciben insuficientes, rechazados, incapaces, desconectados... no porque Dios lo haya dicho, sino porque alguien les enseñó a pensar así.

Y esa enseñanza puede venir de múltiples fuentes. Experiencias pasadas, palabras recibidas, cultura, educación, incluso entornos religiosos que transmiten más condenación que verdad. Poco a poco, se va instalando una narrativa interna que redefine la identidad. Y cuando esa narrativa no es confrontada, se convierte en verdad funcional.

La persona comienza a vivir desde esa interpretación. Se relaciona desde ahí, decide desde ahí, cree desde ahí. Y aunque la verdad de Dios diga otra cosa, su experiencia cotidiana está gobernada por lo que aprendió.

Por eso es tan necesario volver a esta pregunta. ¿Quién nos enseñó a pensar así? ¿Quién definió lo que creemos de nosotros mismos? ¿De dónde proviene la voz que interpreta nuestra realidad? Porque no toda voz que habla dentro de nosotros viene de Dios, hay voces que simplemente vienen de una consciencia educada. Bien o mal, ahí radica el problema.

La Escritura dice: ***“Examinadlo todo; retened lo bueno”*** (1 **Tesalonicenses 5:21**). Esto implica que no todo lo que hemos aprendido es correcto, aunque lo hayamos asumido como normal. Hay enseñanzas que necesitan ser confrontadas, desmontadas y reemplazadas.

Jesús lo expresó con claridad cuando dijo: ***“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”*** (Juan **8:32**). No dijo que la información libera, dijo que la verdad lo hace. Y la verdad no es simplemente un dato correcto, es una revelación alineada con Dios.

La libertad no comienza cuando aprendemos unos versículos. Tampoco comienza cuando cambian algunas circunstancias, sino cuando cambia la interpretación de nuestra realidad presente.

Adán no necesitaba cambiar su condición externa, necesitaba desaprender lo que había incorporado internamente. Necesitaba volver a la fuente correcta de entendimiento. Y eso sigue siendo necesario hoy.

Porque el enemigo no siempre busca destruir directamente, muchas veces busca enseñar incorrectamente. Si logra instalar una forma equivocada de pensar, el resto vendrá como consecuencia. No necesita controlar todas las decisiones, le basta con influir en la manera en que el hombre interpreta la realidad. Y así, el engaño se vuelve funcional.

Pero Dios sigue preguntando. No para acusar, sino para revelar. No para avergonzar, sino para restaurar. Porque todo aquello que sale a la luz, puede ser transformado.

La pregunta no es solo histórica, es actual. *¿Quién te enseñó?* Porque hasta que esa respuesta no sea confrontada, la vida seguirá construyéndose sobre una base distorsionada. Y Dios no edifica sobre interpretaciones equivocadas, sino sobre Su verdad revelada.

Capítulo cinco

EL ÁRBOL DEL CONOCIMIENTO

“Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; más del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”.

Génesis 2:16 y 17

El problema del Edén no fue simplemente un acto de desobediencia, fue la adopción de una nueva forma de pensar. El árbol del conocimiento del bien y del mal no representaba solo información, representaba una fuente alternativa de criterio. No era un árbol cualquiera, era la posibilidad de vivir interpretando la realidad sin depender de Dios.

Hasta ese momento, el hombre no necesitaba definir por sí mismo lo que era bueno o malo. Vivía desde la referencia divina. Su entendimiento no era autónomo, era dependiente. No necesitaba evaluar, porque estaba alineado.

No necesitaba decidir por sí mismo lo correcto, porque caminaba en comunión con Aquel que es la verdad.

Pero el engaño introdujo una idea sutil y poderosa: **“seréis como Dios” (Génesis 3:5)**. No en el sentido de naturaleza, sino en el sentido de independencia. La tentación no era solo obtener conocimiento, era dejar de necesitar a Dios como fuente de ese conocimiento. Y ahí ocurrió la fractura más profunda.

El hombre no solo comió del árbol, incorporó una mentalidad. Una forma de pensar que lo separó de la dependencia y lo introdujo en la autosuficiencia. A partir de ese momento, el ser humano comenzó a vivir desde su propio criterio, evaluando, decidiendo y definiendo la realidad según su entendimiento.

Eso es lo que representa el árbol: una mente independiente. Y esa independencia, que muchas veces se celebra como madurez, en realidad es la raíz de la desconexión. Porque el hombre fue diseñado para vivir guiado, no para improvisar su propia verdad. Fue creado para responder a Dios, no para reemplazarlo.

La Escritura lo expresa con claridad: **“Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12)**. No dice que el camino sea evidentemente malo, dice que “parece” correcto. Esa es la característica de la mente independiente: confía en su propia percepción. Pero lo que parece no siempre es lo que es.

Desde ese momento en adelante, la humanidad comenzó a multiplicar interpretaciones. Cada uno definiendo lo bueno y lo malo según su propio criterio. Y cuando la verdad deja de ser absoluta para volverse subjetiva, la confusión se vuelve inevitable.

El libro de Jueces describe este estado con una frase contundente: ***“Cada uno hacía lo que bien le parecía”*** (Jueces 21:25). Ese es el resultado de una mente desconectada de Dios: una sociedad donde no hay referencia común, donde todo se vuelve relativo, donde la percepción individual reemplaza la verdad divina.

Pero este problema no es solo externo, es profundamente interno. Porque incluso dentro de la vida espiritual, el hombre puede seguir operando desde esa independencia. Puede hablar de Dios, pero pensar sin Dios. Puede citar la Palabra, pero interpretarla desde su propio criterio. Y eso es más peligroso que la ignorancia abierta, porque se disfraza de espiritualidad.

Una mente independiente no necesariamente rechaza a Dios, pero lo desplaza. Lo deja en un segundo plano. Ya no es la fuente, sino una referencia más. Ya no es la autoridad final, sino una opción dentro de muchas. Y así, poco a poco, el hombre se convierte en su propio estándar de juicio.

Por eso la Escritura insiste en la necesidad de volver a la dependencia: ***“Confía en Jehová con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia”*** (Proverbios 3:5). No

es una invitación a dejar de pensar, sino a no convertir el pensamiento humano en la autoridad suprema. El problema no es tener criterio, es desconectarlo de la fuente correcta.

Jesús vivió exactamente en la dirección opuesta a la de Adán. Mientras el primer hombre eligió la independencia, Cristo eligió la dependencia absoluta. Él mismo dijo: ***“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre” (Juan 5:19)***. Esa no es una limitación, es la expresión más pura de alineación.

La verdadera madurez no es independencia, es dependencia bien establecida.

El Reino de Dios no se edifica sobre hombres que piensan por sí mismos, sino sobre hombres que han aprendido a pensar desde Dios. No sobre los que generan sus propias conclusiones, sino sobre los que reciben revelación.

Porque cuando la mente se desconecta, la vida se desordena. Y aunque el hombre pueda sostener por un tiempo su propio sistema, tarde o temprano se enfrenta a sus límites. Porque fue diseñado para algo más alto que su propio entendimiento.

El árbol del conocimiento sigue estando presente hoy, no como un lugar físico, sino como una forma de vivir. Cada vez que el hombre decide interpretar la vida sin consultar a Dios, está comiendo de ese árbol. Cada vez que se apoya en

su propia prudencia como fuente final, está repitiendo el mismo patrón.

Pero también sigue estando disponible el camino de regreso. Volver no es dejar de pensar, es volver a depender. Es rendir el criterio, someter la interpretación, reconocer que fuera de Dios no hay entendimiento pleno.

Porque no se trata de saber más, sino de estar correctamente conectados. Y la verdadera sabiduría no nace de una mente brillante, sino de un corazón rendido.

***“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida;
nadie viene al Padre, sino por mí.”***

Juan 14:6

Capítulo seis

FUENTES CONTAMINADAS DE ENSEÑANZA

“El camino del necio es recto ante sus propios ojos, pero el que escucha el consejo es sabio”.

Proverbios 12:15

El hombre no deja de aprender después de salir del Edén. Sigue siendo un ser formado por lo que escucha, por lo que observa, por lo que recibe. La diferencia es que, al haberse desconectado de la fuente original, ahora está expuesto a múltiples fuentes que no necesariamente provienen de Dios. Y no toda fuente que enseña, edifica. No todo lo que informa, transforma. No todo lo que suena coherente, contiene verdad.

Por eso, la pregunta “*¿Quién te enseñó?*” se vuelve aún más relevante en un mundo saturado de voces. Porque el problema no es solo que el hombre aprende, sino desde dónde aprende. Y cuando la fuente está contaminada, el resultado también lo estará.

La Escritura advierte con claridad: **“Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres... y no según Cristo” (Colosenses 2:8)**. No todo pensamiento elaborado proviene de la verdad. Hay sistemas completos de ideas que, aunque estructurados y atractivos, están desconectados de la vida de Dios.

Las filosofías humanas, por ejemplo, buscan explicar la existencia sin necesidad del Creador. Intentan responder las preguntas más profundas del ser humano, pero lo hacen partiendo de una base limitada: la razón sin revelación. Y aunque pueden contener destellos de lógica, carecen de la luz suficiente para guiar al hombre hacia su verdadero propósito.

La cultura, por su parte, establece patrones que se normalizan con el tiempo. Lo que se repite, se acepta. Lo que se acepta, se defiende. Y así, ideas que en otro tiempo hubieran sido cuestionadas, hoy son celebradas. El problema no es solo lo que la cultura propone, sino la facilidad con la que el hombre adopta sin discernir.

La Escritura dice: **“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2)**. Esto implica que hay una presión constante por moldear la mente según un sistema que no está alineado con Dios. Y si no hay una renovación activa, la conformidad se vuelve inevitable.

Las ideologías modernas también juegan un papel determinante. Se presentan como soluciones a problemáticas reales, pero muchas veces redefinen la verdad para ajustarla a intereses humanos. Cambian el significado de conceptos fundamentales, alteran la percepción de la identidad, y proponen estructuras que, aunque parecen inclusivas, terminan desconectando al hombre de su diseño original.

Pero quizás una de las fuentes más peligrosas no está fuera, sino dentro del ámbito religioso. Porque no toda enseñanza que se presenta en nombre de Dios proviene de Dios.

Jesús confrontó esto con firmeza: ***“En vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres”*** (Mateo 15:9). Es posible hablar de Dios y, al mismo tiempo, transmitir ideas que no tienen vida. Es posible sostener estructuras religiosas que conservan forma, pero han perdido esencia.

La religión sin vida produce una falsa seguridad. Da la sensación de estar bien, sin generar verdadera transformación. Enseña comportamientos, pero no imparte naturaleza. Regula conductas, pero no renueva el corazón.

El legalismo, por ejemplo, establece estándares externos como medida de espiritualidad. Se enfoca en lo visible, en lo medible, en lo controlable. Pero descuida lo más importante: la transformación interna. Y así, forma personas

que aparentan estar alineadas, pero que internamente siguen desconectadas.

También existen tradiciones que, con el tiempo, reemplazan la verdad por la costumbre. Se hacen cosas porque “siempre se hicieron así”, sin evaluar si realmente reflejan el corazón de Dios. Y cuando la tradición se impone sobre la revelación, la vida espiritual se estanca.

Incluso dentro de la iglesia, pueden surgir influencias que, aunque bien intencionadas, no provienen del Espíritu. Enseñanzas centradas en el hombre, mensajes que apelan más a la emoción que a la verdad, enfoques que buscan agradar antes que confrontar.

La Escritura advierte: ***“Vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina... y apartarán de la verdad el oído”*** (2 Timoteo 4:3 y 4). No se trata solo de falta de enseñanza, sino de una preferencia por aquello que no incomoda, que no confronta, que no exige transformación.

El problema no es la ausencia de voces, es la falta de discernimiento para reconocer cuál es la voz correcta. Porque el hombre no puede evitar ser influenciado, pero sí puede elegir a quién escuchar.

Jesús lo expresó de manera contundente: ***“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”*** (Juan 10:27). La evidencia de una vida alineada no es la cantidad de

información recibida, sino la capacidad de reconocer la voz de Dios en medio de tantas otras.

Discernir no es opcional, es esencial. Porque una enseñanza incorrecta no solo afecta lo que el hombre cree, afecta cómo vive. Moldea decisiones, define prioridades, establece límites. Y si la base está contaminada, todo lo que se construya sobre ella tendrá consecuencias.

Por eso es necesario volver constantemente a la fuente correcta. No dar por sentado que todo lo aprendido es verdad. No asumir que todo lo recibido edifica. Evaluar, confrontar, discernir. Porque no todo lo que alimenta, nutre. Y en un mundo lleno de voces, la pregunta sigue siendo la misma: ¿Quién nos está enseñando?

Capítulo siete

CUANDO LA MENTIRA PARECE VERDAD

“Profesando ser sabios, se volvieron necios”.

Romanos 1:22

El engaño más peligroso no es el que se presenta como mentira evidente, sino el que logra parecer verdad. No es el que se impone con violencia, sino el que se introduce con sutileza. No es el que contradice abiertamente, sino el que distorsiona silenciosamente.

Desde el principio, el enemigo no negó a Dios, lo reinterpretó. No eliminó la verdad, la alteró. *“¿Conque Dios os ha dicho...?”* (Génesis 3:1). Esa pregunta no buscaba información, buscaba sembrar duda. No atacó directamente el mandato, lo rodeó. Introdujo una grieta en la confianza del hombre hacia la palabra de Dios. Y esa grieta fue suficiente.

Porque el engaño no necesita destruir toda la verdad, le basta con torcerla. Con moverla apenas lo suficiente como para que pierda su alineación. Y cuando la verdad se

desalineada, aunque conserve forma, pierde su esencia. Por eso la mentira más efectiva no es la que se percibe como falsa, sino la que parece correcta.

La Escritura lo advierte con claridad: ***“Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz”*** (2 Corintios 11:14). No viene con apariencia oscura, viene con apariencia de claridad. No se presenta como error, se presenta como alternativa válida. Y ahí radica su poder.

Porque el hombre no suele rechazar lo que percibe como bueno. No cuestiona lo que encaja con su lógica. No discierne aquello que confirma sus propios pensamientos. Y así, sin darse cuenta, comienza a aceptar ideas que, aunque parecen correctas, están desviadas en su origen.

Eso fue exactamente lo que ocurrió en el Edén. La propuesta de la serpiente no era absurda, era atractiva. ***“Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría...”*** (Génesis 3:6). Todo parecía tener sentido. Todo parecía bueno. Pero no todo lo que parece bueno, es vida.

El problema no estaba en la apariencia del árbol, sino en la fuente de la decisión. Eva no comió porque era ignorante, comió porque interpretó mal. Evaluó desde una perspectiva incorrecta. Permitió que una voz ajena redefiniera lo que veía. Y eso sigue ocurriendo hoy.

Hay pensamientos que parecen correctos, pero producen muerte. Ideas que suenan razonables, pero generan confusión. Caminos que parecen derechos, pero terminan en destrucción. Reitero nuevamente este pasaje: ***“Hay camino que parece derecho al hombre, pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12).***

La clave está en la palabra ***“parece”***. Porque el engaño opera en el terreno de la percepción. No necesita cambiar la realidad, le basta con cambiar cómo la percibes. Y una vez que la percepción está alterada, las decisiones comienzan a desviarse.

Por eso el discernimiento espiritual es tan esencial. No se trata solo de analizar, sino de ver más allá de lo evidente. No de juzgar según la apariencia, sino de evaluar desde la verdad de Dios.

Jesús lo expresó de esta manera: ***“No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio” (Juan 7:24).*** El problema no es juzgar, es desde dónde se juzga. Porque cuando el criterio está contaminado, el juicio también lo estará.

Hoy, muchos viven guiados por lo que “sienten correcto”, por lo que “les parece bien”, por lo que “tiene lógica”. Pero la lógica humana, cuando está desconectada de Dios, no es una guía confiable. Puede justificar, pero no garantizar verdad.

El corazón, por ejemplo, puede validar pensamientos que no provienen de Dios. Puede hacer sentir paz en decisiones equivocadas, o incomodidad frente a lo que es correcto. Por eso la Escritura advierte: ***“El corazón es engañoso”*** (Jeremías 17:9). No todo lo que se siente correcto, lo es.

El discernimiento espiritual no se basa en emociones ni en apariencias, se basa en la verdad revelada. Es la capacidad de reconocer la fuente detrás de una idea, de identificar si proviene de Dios o no, más allá de cómo se presente. Y esto no es opcional en la vida del creyente.

Porque vivir sin discernimiento es quedar expuesto a cualquier influencia. Es permitir que la vida sea dirigida por lo que parece, en lugar de por lo que es. Es construir sobre percepciones inestables en lugar de sobre la roca firme de la verdad.

La Escritura dice: ***“El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios... y no las puede entender”*** (1 Corintios 2:14). Esto significa que hay una dimensión de entendimiento que no se alcanza con lógica, sino con revelación. Y sin esa revelación, el engaño se vuelve inevitable.

Pero hay una salida. Porque la verdad no solo informa, también ilumina. No solo corrige, también revela. Y cuando la verdad es recibida, comienza a deshacer las distorsiones.

Jesús no dijo que enseñaba la verdad, dijo que Él es la verdad (**Juan 14:6**). Esto significa que el discernimiento no es solo una capacidad, es una relación. Cuanto más cerca se está de Cristo, más clara se vuelve la percepción.

Porque la luz no lucha contra la oscuridad, simplemente la expone. Y cuando la verdad ilumina, lo que parecía correcto comienza a mostrar su error. Lo que parecía seguro revela su inestabilidad. Lo que parecía vida, evidencia su vacío.

La pregunta entonces no es solo qué estamos creyendo, sino desde dónde lo estamos creyendo. Porque cuando la mentira parece verdad, solo la verdad puede desenmascararla. Y esa verdad no cambia, no se adapta, no se negocia. Solo se revela... a los que estamos dispuestos a verla.

PARTE III

¿QUÉ ESTÁS COMIENDO? LA FORMACIÓN INTERIOR

Capítulo ocho

COMIENDO DEL ÁRBOL EQUIVOCADO

“¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?”

Génesis 3:11

Dios no confronta al hombre con generalidades, sino con precisión. No se queda en lo superficial, va directamente a la raíz. Después de revelar la distorsión en su percepción, hace una pregunta aún más directa: *“¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?”*

No es una pregunta para obtener información, es una confrontación al origen. Dios no se enfoca primero en las consecuencias visibles, sino en la causa invisible. Porque todo lo que el hombre manifiesta externamente tiene una raíz interna, y esa raíz siempre está relacionada con aquello de lo que se alimenta.

Comer, en este contexto, no es solo un acto físico, es una acción espiritual. Representa aquello que el hombre recibe, asimila e incorpora como parte de sí. Lo que se come,

se vuelve parte del cuerpo. Y de la misma manera, lo que el alma consume, se vuelve parte de la vida.

Por eso, la pregunta no es solo qué hiciste, sino qué has estado comiendo. Porque nadie actúa de la nada. Nadie decide en el vacío. Toda acción es el resultado de una formación previa. Pensamientos, creencias, emociones, decisiones... todo tiene una fuente. Y esa fuente está directamente ligada a lo que el hombre ha permitido entrar en su interior.

Jesús lo expresó con claridad: ***“El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas”*** (Mateo 12:35). El problema no es solo lo que sale, sino lo que está almacenado. Y lo que está almacenado es el resultado de lo que ha sido recibido. Es decir, la vida del hombre es, en gran medida, el reflejo de su alimentación interior.

Adán no cayó de un momento a otro sin proceso. Primero escuchó, luego consideró, después creyó... y finalmente actuó. La caída comenzó mucho antes del acto visible. Comenzó cuando permitió que una voz incorrecta se convirtiera en alimento. Y eso sigue siendo cierto hoy.

Cada palabra que escuchamos, cada idea que aceptamos, cada pensamiento que abrazamos es una forma de alimentación. No todo entra con la misma intensidad, pero todo deja una marca. Y con el tiempo, esa acumulación define la manera en que percibimos, decidimos y vivimos.

Por eso, muchas veces el problema no está en lo que la persona hace, sino en lo que ha estado consumiendo durante mucho tiempo. Las decisiones equivocadas no nacen en el momento, son el resultado de una formación silenciosa.

Una mente alimentada con temor producirá inseguridad. Un corazón alimentado con mentira producirá confusión. Una vida alimentada sin verdad perderá dirección. Porque no se puede vivir correctamente alimentándose incorrectamente.

La Escritura lo presenta de manera contundente: ***“No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4)***. Esto revela que el ser humano no solo necesita alimento físico, necesita alimento espiritual. Y ese alimento no es opcional, es esencial.

La pregunta es: ¿de dónde proviene ese alimento? Porque así como hay comida que nutre, también hay comida que enferma. Y no todo lo que se consume espiritualmente edifica. Hay palabras que debilitan, ideas que contaminan, mensajes que distorsionan. Y muchas veces, el hombre se alimenta sin discernir.

Consumo contenido, pensamientos, conversaciones, sin evaluar su origen ni su efecto. Y aunque en el momento no parezca significativo, con el tiempo comienza a moldear su interior. Lo que entra repetidamente, termina estableciéndose. Por eso, la vida espiritual no puede ser

descuidada. Porque lo que no se filtra, se incorpora. Y lo que se incorpora, forma.

Dios no le preguntó a Adán por qué se escondía primero, le preguntó qué había comido. Porque sabía que el comportamiento era solo la consecuencia. La raíz estaba en la fuente que había alimentado su interior. Y eso es lo que esta pregunta sigue confrontando hoy.

No como un evento puntual, sino como una práctica continua. ¿Qué estamos incorporando a nuestra vida? ¿Qué está formando nuestra manera de pensar? ¿Qué está alimentando nuestras decisiones y nuestro criterio? Porque no basta con saber lo correcto, es necesario alimentarse de lo correcto.

Hay creyentes que conocen la verdad, pero se alimentan de otras fuentes. Escuchan la Palabra, pero consumen contenido contrario. Reciben enseñanza, pero sostienen pensamientos que no provienen de Dios. Y esa mezcla genera inestabilidad. Porque no se puede vivir con claridad cuando se está alimentando confusión.

La vida en el Reino requiere intención. No se trata de evitar todo, sino de discernir qué edifica. No se trata de aislarse, sino de seleccionar con sabiduría. Porque lo que se permite entrar, tarde o temprano se manifestará. Y cuando la raíz es correcta, el fruto también lo será.

Dios sigue preguntando, no para señalar, sino para revelar. Porque solo cuando el hombre reconoce de qué se ha estado alimentando, puede comenzar a cambiar su fuente. Y ahí comienza la transformación.

Todo lo que comenzó con una mala alimentación, terminará resolviéndose con una buena alimentación, por eso Jesús nos invita a comer de Él, como el pan de vida (**Juan 6:35**), como el árbol de la vida.

“En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición...”

Apocalipsis 22:2 y 3

Capítulo nueve

LA DIETA DEL ALMA

*Jesús les respondió: Escrito está:
“No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que
sale de la boca de Dios”.*

Mateo 4:4

El alma del hombre nunca está en ayuno. Siempre está consumiendo algo. Aun en el silencio, aun en la aparente neutralidad, siempre hay una forma de alimentación ocurriendo. Pensamientos, palabras, imágenes, conversaciones... todo entra, todo deja huella, todo forma.

Por eso, la vida no se define solo por lo que hacemos, sino por lo que continuamente estamos recibiendo. Porque lo que entra de manera constante termina estableciendo lo que somos.

La Escritura lo expresa con una claridad penetrante: *“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Proverbios 4:23)*. El corazón no es solo

un centro emocional, es el núcleo desde donde fluye la vida. Y lo que fluye está directamente determinado por lo que ha sido depositado. No se puede esperar una vida saludable con una dieta interior descuidada.

Así como el cuerpo responde a lo que se le da, el alma también. Hay palabras que nutren, fortalecen y alinean. Y hay palabras que debilitan, confunden y desgastan. Hay contenidos que edifican, y otros que erosionan silenciosamente.

Pero el problema es que muchas veces no se discierne entre uno y otro. Se consume sin evaluar, se escucha sin filtrar, se piensa sin examinar. Y así, la dieta del alma se vuelve desordenada, incoherente, incluso contradictoria.

Jesús dijo: ***“El que es de Dios, las palabras de Dios oye” (Juan 8:47)***. Esto no se refiere solo a la capacidad de escuchar, sino a la disposición de recibir lo que proviene de Dios como alimento principal. Porque no todo lo que se oye tiene el mismo peso, ni produce el mismo efecto.

Hay palabras que son espíritu y son vida (**Juan 6:63**), pero hay otras que, aunque suenen atractivas, están vacías de sustancia eterna.

El problema no es solo lo que se escucha ocasionalmente, sino lo que se consume habitualmente. Porque lo ocasional puede influir, pero lo constante forma. Y

aquello a lo que uno se expone de manera repetida, termina moldeando su interior.

Por eso, una persona puede amar a Dios y, sin embargo, estar debilitada espiritualmente. No porque haya dejado de creer, sino porque ha descuidado su alimentación. Ha permitido que otras voces ocupen el lugar que le corresponde a la verdad.

La dieta del Reino requiere intención y por tal motivo, les recomiendo mi libro titulado “La dieta del Reino”, el cual pueden bajar desde mi página personal de manera gratuita.

Cuando procuramos una dieta espiritual equilibrada, no necesitamos evitar todo lo externo, sino de priorizar correctamente lo interno. No se trata de vivir aislados, sino de vivir conscientes. De entender que cada palabra que entra tiene el potencial de construir o de destruir.

El salmista lo entendía con claridad cuando dijo: ***“En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmos 119:11)***. Guardar la Palabra no es memorizarla superficialmente, es incorporarla profundamente. Es permitir que se convierta en parte del pensamiento, en filtro de las decisiones, en guía del camino. Porque lo que se guarda en el corazón, gobierna la vida.

Hoy, el hombre está expuesto a una cantidad de información sin precedentes. Nunca antes había sido tan fácil acceder a contenido, a opiniones, a discursos. Pero esa

abundancia no siempre es una ventaja. Porque cuando no hay discernimiento, la sobreexposición se convierte en saturación. Y una mente saturada pierde claridad.

Se vuelve difícil distinguir entre lo que edifica y lo que distrae. Entre lo que alimenta y lo que entretiene. Entre lo que forma y lo que simplemente ocupa espacio. Y así, la vida comienza a llenarse de contenido, pero a vaciarse de dirección. Por eso es necesario hacer una pausa y evaluar.

¿Qué estamos escuchando constantemente? ¿En qué ocupamos nuestros pensamientos la mayor parte del tiempo? ¿Qué tipo de palabras estamos permitiendo que se establezcan en nuestro interior? Porque no todo lo que entretiene, edifica, pero no todo lo que informa, transforma.

El apóstol Pablo lo resume de esta manera: ***“Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica”*** (1 Corintios 10:23). La vida espiritual no se rige solo por lo permitido, sino por lo que construye, y construir requiere intención.

Una dieta saludable no se da por accidente, se diseña. Se elige. Se cuida. De la misma manera, el alma necesita ser alimentada con aquello que le da vida. No basta con evitar lo malo, es necesario incorporar lo correcto.

La Palabra de Dios no es un complemento, es el alimento principal. No es una opción entre muchas, es la fuente de vida. Como dijo el profeta Jeremías: ***“Fueron***

halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón” (Jeremías 15:16). Esa es la dieta que transforma.

No una acumulación de información espiritual, sino una alimentación constante de verdad revelada. No un consumo ocasional, sino una incorporación diaria. Porque lo que se recibe con frecuencia, se convierte en naturaleza, y cuando la verdad se vuelve parte del interior, la vida comienza a alinearse sin esfuerzo humano o voluntarioso, sino por medio del poder del Espíritu Santo que nos habita.

La estabilidad, la claridad, la dirección... no son el resultado de intentar hacer todo bien, sino de estar correctamente alimentados. Porque una vida bien nutrida no necesita aparentarse, simplemente fluye. Y todo comienza con una decisión sencilla pero profunda: Elegir qué estamos comiendo cada día de manera espiritual.

“Vienen días afirma el Señor, en los cuales mandaré hambre a la tierra; no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios.”

Amós 8:11

Capítulo diez

ENFERMEDADES DEL ALMA

*“Le dijeron: Señor, danos siempre este pan.
Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene,
nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed
jamás...”*

Juan 6:34 y 35

El alma, al igual que el cuerpo, responde a lo que recibe. No es indiferente a su dieta. Lo que se le da, la afecta. Lo que se le niega, la debilita. Y cuando la alimentación es incorrecta o insuficiente, comienzan a aparecer síntomas.

El problema es que muchas veces esos síntomas se intentan tratar sin ir a la causa. Se busca aliviar la manifestación sin corregir la raíz. Se intenta calmar la ansiedad sin revisar lo que la está produciendo. Se busca claridad sin cambiar la fuente de confusión. Pero el alma no se sana por intervención superficial, sino por alimentación correcta.

La Escritura declara: *“El corazón apacible es vida de la carne; más la envidia es carcoma de los huesos”* (Proverbios 14:30). Esto revela que hay estados internos que tienen efectos reales. No son abstractos, son concretos. Lo que ocurre en el interior termina afectando todo.

Una de las primeras manifestaciones de una mala alimentación espiritual es la confusión. La mente pierde claridad, se vuelve inestable, incapaz de discernir con precisión. Se mezclan ideas, se superponen pensamientos, se pierde la capacidad de distinguir entre lo verdadero y lo falso.

Esto no ocurre de un día para otro. Es el resultado de una exposición constante a fuentes contradictorias. Cuando el alma se alimenta de múltiples voces sin una referencia clara, inevitablemente se desordena.

Dios no es autor de confusión (1 Corintios 14:33). Por lo tanto, cuando la confusión gobierna, es una señal de que la fuente no está alineada.

Otro síntoma evidente es la ansiedad. Un estado de inquietud constante, de incertidumbre, de falta de reposo interior. El alma no encuentra descanso, porque está siendo alimentada con pensamientos que generan temor, presión o inseguridad.

Jesús dijo: *“No os afanéis...”* (Mateo 6:25), no como una sugerencia superficial, sino como una invitación a vivir desde una confianza real. Pero esa confianza no se sostiene

en el vacío. Se construye sobre una alimentación continua de verdad. Cuando el alma deja de alimentarse de la fidelidad de Dios, comienza a alimentarse de escenarios imaginarios. Y esos escenarios producen ansiedad.

También aparece la inestabilidad. Cambios constantes de ánimo, de dirección, de convicciones. Un día hay claridad, al siguiente hay duda. Un momento hay firmeza, al siguiente hay retroceso. Es una vida sin consistencia, sin raíz.

La Escritura describe a este estado como ***“hombre de doble ánimo, inconstante en todos sus caminos”*** (Santiago 1:8). Y esa inconstancia no es un problema de carácter solamente, es el resultado de una alimentación fragmentada. Cuando el alma no tiene una fuente estable, no puede producir estabilidad.

La pérdida de dirección es otro síntoma claro. La persona no sabe hacia dónde va. Tiene deseos, intenciones, incluso buenas ideas, pero carece de dirección definida. Camina, pero sin rumbo. Decide, pero sin claridad. Esto ocurre cuando la voz de Dios deja de ser la referencia principal. Porque solo Él puede guiar con precisión. ***“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”*** (Salmos 119:105). Sin esa luz, el camino se vuelve incierto, y finalmente, la fe debilitada.

La fe no desaparece de golpe, se desgasta. Se debilita progresivamente cuando el alma deja de ser alimentada con verdad. Porque ***“la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra***

de Dios” (Romanos 10:17). Si la fuente del oír cambia, la fe también cambia.

Una persona puede seguir creyendo en teoría, pero sin fuerza en la práctica. Puede declarar, pero sin convicción. Puede avanzar, pero con duda. Y todo eso tiene una raíz: falta de alimento correcto.

Estas enfermedades del alma no son castigos, son señales. Indicadores de que algo en la alimentación necesita ser ajustado. No deben ser ignoradas, deben ser interpretadas. Porque el síntoma no es el enemigo, es el aviso.

El problema es que muchas veces se intenta vivir por encima de estos estados, en lugar de resolverlos. Se esfuerza la conducta, se fuerza la actitud, se intenta sostener una imagen... pero sin atender la raíz. Y así, el alma sigue debilitándose.

Pero hay una salida. Porque, así como una mala alimentación produce enfermedad, una buena alimentación produce restauración. El alma responde cuando recibe lo correcto. Se alinea, se fortalece, se estabiliza. La verdad no solo corrige, sana.

Cuando el alma comienza a alimentarse de la Palabra, de la presencia de Dios, de pensamientos alineados, algo empieza a cambiar. No de manera forzada, sino natural. La claridad vuelve, la paz se establece, la dirección se define. No es un proceso instantáneo, pero es inevitable. Porque el

diseño original del hombre no es vivir enfermo, es vivir alineado, y esa alineación no se logra intentando hacer todo bien, sino volviendo a alimentarse correctamente. Jesús siempre estuvo perfectamente sano y enseñó los motivos:

“Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre...”

Juan 4:34

Capítulo once

CRISTO EL ÁRBOL DE LA VIDA

“Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal.”

Génesis 2:9

Desde el principio, en medio del huerto, no había un solo árbol. La atención del hombre suele centrarse en el árbol del conocimiento del bien y del mal, pero junto a él estaba el árbol de la vida. Dos fuentes, dos caminos, dos maneras de vivir. El hombre eligió mal, pero Dios nunca eliminó la otra opción.

El árbol de la vida no era solo un elemento del entorno, era una representación de la vida que fluye desde Dios mismo. No se trataba simplemente de vivir, sino de vivir conectado a la fuente. De recibir continuamente aquello que no se produce por esfuerzo humano, sino que se imparte por

comuni3n. Y esa realidad no desaparece con el paso del tiempo, se revela plenamente en Cristo.

Jes3s no vino solo a corregir el error del hombre, vino a restaurar el acceso a la vida. No vino 3nicamente a perdonar el pecado, sino a reestablecer la conexi3n con la fuente original. Por eso sus palabras no dejan lugar a dudas: ***“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).***

No se trata de existencia, se trata de vida. Porque el hombre, despu3s de la ca3da, sigui3 existiendo, pero desconectado. Sigui3 funcionando, pero sin plenitud. Sigui3 avanzando, pero sin la vida que proviene de Dios. Y esa desconexi3n no se resuelve con esfuerzo, se resuelve con acceso. Cristo es ese acceso.

3l mismo lo declar3: ***“Yo soy el pan de vida; el que a m3 viene, nunca tendr3 hambre” (Juan 6:35).*** No dijo que daba pan, dijo que 3l es el pan. No es solo un proveedor, es la provisi3n. No es solo un camino hacia la vida, es la vida misma. Esto cambia completamente la perspectiva.

Porque ya no se trata de buscar vida en diferentes fuentes, sino de permanecer en una sola. Ya no se trata de intentar sostenerse, sino de aprender a depender. Ya no se trata de consumir ocasionalmente, sino de alimentarse constantemente. El problema del hombre no fue solo haber comido del 3rbol equivocado, fue haber dejado de comer del 3rbol correcto. Y eso sigue siendo cierto hoy.

Muchos intentan corregir su vida sin cambiar su fuente. Buscan ajustar comportamientos, modificar hábitos, mejorar decisiones... pero sin volver a alimentarse de Cristo. Y eso produce cambios superficiales, pero no transformación profunda. Porque la vida no se construye desde afuera hacia adentro, sino desde adentro hacia afuera.

Jesús lo expresó de manera clara: ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros... porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:4 y 5)***. No dijo “poco”, dijo “nada”. Esto no es una exageración, es una declaración de diseño. El hombre fue creado para vivir conectado. La desconexión produce esfuerzo, pero la conexión produce fruto.

El árbol de la vida no exige, imparte. No presiona, fluye. No demanda desde afuera, transforma desde adentro. Y esa es la diferencia entre vivir desde el conocimiento y vivir desde la vida. El conocimiento puede informar, pero la vida transforma.

Por eso, el llamado del Evangelio no es simplemente a aprender más, sino a volver a comer correctamente. A alimentarse de Cristo como la fuente constante. A dejar de buscar en otros lugares lo que solo Él puede dar.

La Escritura dice: ***“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:54)***. Estas palabras no son literales en lo físico, pero sí profundamente espirituales. Hablan de una

relación continua, de una dependencia diaria, de una comunión real. No es un acto ocasional, es un estilo de vida.

Cristo no es un complemento para la vida del creyente, es el centro. No es una opción entre muchas, es la única fuente verdadera. Todo lo demás puede acompañar, pero no reemplazar.

Cuando el alma se alimenta de Cristo, algo cambia. No solo en lo que piensa, sino en cómo vive. La ansiedad comienza a ceder, la confusión se disipa, la dirección se aclara. No porque todo alrededor cambie, sino porque la fuente interna ha sido restaurada.

La vida comienza a fluir nuevamente. Y eso no depende de la capacidad del hombre, sino de su disposición a permanecer. Porque el fruto no se produce por esfuerzo, se produce por conexión.

Volver al árbol de la vida no es un acto simbólico, es una decisión diaria. Es elegir de qué fuente beber, de qué verdad alimentarse, de qué voz depender. Porque siempre habrá dos opciones. El conocimiento que separa, o la vida que conecta. Y la diferencia no está en lo que se sabe, sino en de dónde se vive.

Cristo no vino a mejorar la vida del hombre, vino a convertirse en su vida. Y todo aquel que vuelve a Él, vuelve a la fuente que nunca se agota. Él es la vida, Él es la verdad y Él es nuestra sabiduría **(1 Corintios 1:30)**.

***“Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría,
Y que obtiene la inteligencia; Porque su ganancia es
mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el
oro fino. Más preciosa es que las piedras preciosas;
Y todo lo que puedes desear, no se puede comparar a ella.
Largura de días está en su mano derecha; en su izquierda,
riquezas y honra. Sus caminos son caminos deleitosos, y
todas sus veredas paz. Ella es árbol de vida a los que de
ella echan mano, y bienaventurados son los que la
retienen.”***

Proverbios 3:13 al 18

PARTE IV

¿QUÉ HAS HECHO? RESPONSABILIDAD Y GOBIERNO

Capítulo doce

LA EVASIÓN DEL HOMBRE

“Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; más Dios conoce vuestros corazones; y lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.”

Lucas 16:15

Cuando el hombre se desconecta de la verdad, no solo pierde claridad, también pierde responsabilidad. Y uno de los primeros reflejos de esa pérdida es la evasión. Ya no se enfrenta a su condición, la desplaza. Ya no asume, transfiere. Ya no reconoce, justifica.

Después de la pregunta de Dios, la respuesta de Adán no es arrepentimiento, es desvío: *“La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”* (Génesis 3:12). No niega el hecho, pero tampoco lo asume. Explica, pero no se responsabiliza. Se posiciona como víctima de una circunstancia, en lugar de autor de su decisión.

Y en esa respuesta hay algo más profundo: no solo señala a Eva, también señala a Dios. “La mujer que me diste...”. Es una manera sutil de trasladar la responsabilidad hacia afuera. Como si dijera: “Esto ocurrió por lo que me diste”. La evasión no siempre es evidente, muchas veces es refinada.

Eva, por su parte, responde de manera similar: ***“La serpiente me engañó, y comí”*** (Génesis 3:13). Nuevamente, no hay negación, pero tampoco hay asunción plena. El patrón se repite: el hombre cae, y en lugar de hacerse cargo, busca a quién atribuir la causa. Así nace una de las dinámicas más persistentes en la humanidad: la cultura de la justificación.

Desde entonces, el hombre ha perfeccionado su capacidad de explicar sin transformarse. Ha aprendido a construir argumentos que lo absuelven sin confrontarlo. Ha desarrollado discursos que lo protegen de la verdad en lugar de llevarlo a ella. Porque asumir duele, pero libera, así como evadir alivia momentáneamente, pero al final encadena.

La Escritura lo expresa con claridad: ***“El que encubre sus pecados no prosperará; más el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia”*** (Proverbios 28:13). Encubrir no es solo ocultar, es justificar, minimizar, reinterpretar. Es evitar enfrentar la realidad tal como es. Y cuando eso se vuelve un hábito, la vida se construye sobre una base falsa.

Hoy, esta evasión se manifiesta de múltiples formas. Se culpa al entorno, a la crianza, a las circunstancias, a otras personas. Se explica el comportamiento desde factores externos, sin reconocer la responsabilidad interna. Se habla de lo que pasó, pero no de lo que se decidió. Y así, el hombre se mantiene atrapado en ciclos que no logra romper.

Mientras la responsabilidad esté afuera, la transformación será imposible. Nadie puede cambiar lo que no reconoce como propio.

Jesús confrontó este patrón en varias ocasiones. Cuando los fariseos justificaban su conducta apelando a tradiciones, Él los expuso diciendo: ***“Invalidáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición”*** (Marcos 7:13). Habían construido un sistema que les permitía evadir la verdad sin sentirse culpables. Eso es lo que hace la evasión: construye estructuras que sostienen el error.

Pero el Reino de Dios no se edifica sobre excusas, sino sobre verdad. No sobre explicaciones, sino sobre reconocimiento. No sobre justificación, sino sobre arrepentimiento.

El arrepentimiento no es solo sentir culpa, es asumir responsabilidad. Es decir: “esto es mío”. No porque otros no hayan influido, sino porque la decisión final siempre es personal. Es reconocer sin adornos, sin filtros, sin desvíos. Y ese reconocimiento no produce condenación, produce apertura.

Porque Dios no busca culpables para castigar, busca corazones dispuestos para restaurar. Sin embargo, la restauración no puede comenzar donde no hay verdad. Por eso, la evasión es tan peligrosa. Porque no solo evita el dolor momentáneo, también bloquea el proceso de cambio. Mantiene al hombre en un estado de aparente estabilidad, pero sin avance real. Y con el tiempo, esa evasión se vuelve normal.

Se aprende a vivir así. A explicar todo, a justificar todo, a evitar toda confrontación interna. Y aunque externamente la vida continúe, internamente se estanca.

Pero hay un momento en que Dios vuelve a confrontar. No para exponer públicamente, sino para revelar profundamente. Para llevar al hombre a un lugar donde ya no pueda esconderse detrás de argumentos. Donde la verdad se vuelva inevitable. Porque solo cuando el hombre deja de señalar hacia afuera, puede comenzar a mirar hacia adentro. Y ahí comienza el verdadero cambio.

No cuando cambian las circunstancias, sino cuando se asume la responsabilidad. No cuando se encuentra a quién culpar, sino cuando se reconoce lo que corresponde. Porque el Reino no avanza con personas que se justifican, sino con personas que se rinden a la verdad. Y la libertad no comienza cuando todo está bien, sino cuando se deja de evadir lo que no lo está.

Capítulo trece

RESPONSABILIDAD ESPIRITUAL

“El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre.”

Eclesiastés 12:13

La verdadera madurez espiritual no se mide por lo que una persona sabe, sino por lo que es capaz de asumir. No se revela en el discurso, sino en la capacidad de hacerse cargo. Porque mientras el conocimiento puede acumularse sin transformación, la responsabilidad siempre confronta y exige cambio.

Después de la evasión del hombre en el Edén, queda expuesto un principio que atraviesa toda la vida espiritual: no hay avance real sin responsabilidad. Se puede aprender, escuchar, incluso creer... pero si no hay una asunción interna de la verdad, todo queda en la superficie.

Responsabilidad no es culpa, es conciencia. Es la capacidad de reconocer lo que me corresponde sin justificarlo, sin transferirlo, sin diluirlo. Es mirar la realidad con honestidad y decir: “esto es mío”. No desde la condenación, sino desde la verdad. Y esa verdad, aunque confronta, también libera.

Jesús dijo: ***“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32)***. Pero esa libertad no se activa automáticamente al escuchar la verdad, sino al asumirla. Porque se puede conocer sin aplicar, escuchar sin responder, entender sin rendirse.

La responsabilidad espiritual comienza cuando la verdad deja de ser información y se convierte en convicción. Es el momento en que el hombre deja de analizar lo que le pasa y comienza a reconocer su participación en ello. No para cargarse de culpa, sino para posicionarse correctamente. Porque solo desde la responsabilidad se puede ejercer gobierno.

El que no asume, no gobierna. Por eso, uno de los mayores indicadores de inmadurez no es el error, sino la incapacidad de reconocerlo. No es fallar, sino justificar la falla. No es equivocarse, sino sostener la equivocación mediante argumentos.

La Escritura lo muestra con claridad en la vida de David. Cuando fue confrontado por el profeta Natán, no respondió con evasión, respondió con reconocimiento:

“Pequé contra Jehová” (2 Samuel 12:13). No explicó, no se defendió, no culpó a otros. Asumió. Y en esa asunción, se abrió la puerta a la restauración.

Esto no significa que no haya consecuencias, pero sí significa que hay camino. Porque Dios no resiste al que falla, resiste al que se justifica. Pero al que reconoce, le extiende gracia.

La responsabilidad espiritual no es un peso, es una posición. Es salir del lugar de víctima para entrar en el lugar de gobierno. Es dejar de vivir reaccionando a lo que ocurre y comenzar a responder desde la verdad. Es entender que, aunque no todo depende de mí, sí hay una parte que me corresponde asumir. Y esa parte no puede ser ignorada.

Hoy, muchas personas desean cambios en su vida, pero evitan el proceso que los produce. Quieren resultados diferentes sin asumir decisiones diferentes. Esperan transformación sin responsabilidad. Pero el Reino de Dios no funciona así.

Dios no transforma al hombre por imposición, lo transforma por alineación. Y esa alineación comienza cuando el hombre se posiciona correctamente frente a la verdad. Por eso, la responsabilidad espiritual implica varias cosas.

Implica reconocer sin excusas, implica aceptar sin resistencia, implica decidir sin postergar. No es solo ver lo que está mal, es tomar una postura frente a eso.

El apóstol Pablo lo expresa de manera clara: ***“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe”*** (2 **Corintios 13:5**). Esto no es una invitación a la introspección superficial, es un llamado a la evaluación honesta. A detenerse, a mirar, a discernir.

Nadie puede corregir lo que no examina. Y ese examen no debe hacerse desde la condenación, sino desde la verdad. No para señalar, sino para alinear. No para castigar, sino para restaurar.

La responsabilidad espiritual también implica entender que no todo lo que me afecta viene de afuera. Hay decisiones, actitudes, pensamientos que nacen desde dentro. Y mientras eso no sea reconocido, la vida seguirá girando en círculos.

Pero cuando el hombre asume, algo se rompe. Se rompe la pasividad, se rompe la autojustificación, se rompe la dependencia incorrecta y comienza una nueva etapa. Una etapa donde ya no se vive desde lo que otros hicieron, sino desde lo que uno decide hacer con lo que tiene. Donde la vida deja de ser una reacción y se convierte en una respuesta consciente.

La madurez no se alcanza evitando errores, sino asumiéndolos correctamente. Y el crecimiento no ocurre cuando todo está bien, sino cuando se enfrenta lo que no lo está con una actitud correcta.

Dios no busca perfección inmediata, busca disposición real. Un corazón que diga: “esto es mío, y estoy dispuesto a cambiar”. Porque ahí, y solo ahí, comienza el verdadero proceso de transformación. No cuando se sabe más, sino cuando se asume mejor.

***“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno...
solamente hacer justicia, y amar misericordia, y
humillarte ante tu Dios.”***

Miqueas 6:8

Capítulo catorce

LOS HECHOS HABLAN

“¿Quién es sabio y entendido entre ustedes? Que lo demuestre con su buena conducta, mediante obras hechas con la humildad que le da su sabiduría.”

Santiago 3:13

El hombre puede construir discursos, sostener declaraciones, defender posturas... pero al final, lo que realmente revela su condición no es lo que dice, sino lo que vive. Porque las palabras pueden ser intencionadas, pero los hechos son inevitables.

Hay una distancia peligrosa entre lo que se cree decir y lo que verdaderamente se cree. Y esa distancia no se mide por el lenguaje, sino por los resultados. Porque toda creencia genuina produce una evidencia concreta.

Jesús lo expresó con una claridad que no deja espacio a ambigüedades: **“Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:16)**. No dijo “por sus palabras”, ni “por sus intenciones”,

sino por sus frutos. Es decir, por lo que su vida manifiesta de manera constante.

El fruto no es un evento aislado, es una evidencia sostenida. Por eso, una de las formas más honestas de evaluar la vida espiritual no es escuchar lo que se declara, sino observar lo que se produce. Porque lo que una persona realmente cree, inevitablemente se refleja en cómo vive.

Se puede declarar fe, pero vivir en temor, se puede hablar de confianza, pero actuar desde la ansiedad, se puede enseñar verdad, pero sostener prácticas contrarias. Y cuando eso ocurre, no hay un problema de discurso, hay un problema de raíz.

La Escritura lo plantea de manera directa: ***“Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2:17)***. No está diciendo que las obras sustituyen a la fe, sino que la evidencian. La fe verdadera no necesita ser defendida, se manifiesta. Porque lo que está vivo, se expresa.

El problema no es tener luchas o procesos, eso es parte del crecimiento. El problema es la incoherencia sostenida. Es cuando hay una desconexión constante entre lo que se cree y lo que se vive, sin intención de alinear ambas cosas. Esa incoherencia desgasta.

Desgasta la fe, desgasta la identidad, desgasta la relación con Dios. Porque genera una tensión interna difícil de sostener. Se sabe lo que es correcto, pero no se vive. Se

reconoce la verdad, pero no se aplica. Y esa distancia, con el tiempo, produce frustración.

Jesús fue aún más profundo al decir: ***“De la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12:34)***. Pero también podríamos decir: de la abundancia del corazón vive el hombre. Porque lo que llena el interior, inevitablemente se traduce en acciones. Por eso también dijo: ***“del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mateo 15:19)***.

La vida no es un accidente, es una manifestación. Y cuando los resultados no coinciden con lo que se declara, no se trata de ajustar el discurso, sino de revisar la raíz. Porque no es suficiente decir lo correcto, es necesario vivir desde lo correcto.

Hoy, muchos han aprendido a hablar el lenguaje correcto sin haber sido transformados en su interior. Manejan conceptos, dominan expresiones, conocen principios... pero su vida no refleja lo que comunican. Y eso no solo afecta a quien lo vive, también afecta a quienes lo escuchan, porque la incoherencia debilita el testimonio.

El mundo no necesita más discursos bien estructurados, necesita vidas que evidencien la verdad. No necesita palabras que suenen bien, sino realidades que se sostengan. Porque la verdad no se valida por cómo se explica, sino por cómo se vive.

El apóstol Pablo lo entendía cuando dijo: ***“El reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder”*** (1 Corintios 4:20). Ese poder no es solo manifestación sobrenatural, es una vida alineada. Es la evidencia de una verdad que ha sido incorporada.

Los hechos no se pueden maquillar. Pueden ser ignorados por un tiempo, pero no pueden ser ocultados indefinidamente. Siempre terminan revelando lo que realmente está ocurriendo. Y cuando se los observa con honestidad, se convierten en una herramienta poderosa de diagnóstico. No para condenar, sino para ajustar.

Porque los resultados no son enemigos, son indicadores. Muestran si la raíz está sana o necesita ser tratada. Señalan si la vida está alineada o si hay áreas que requieren corrección. Y cuando se los enfrenta con humildad, se transforman en oportunidades de crecimiento.

La pregunta entonces no es solo qué estamos creyendo, sino qué estamos produciendo. Porque si lo que creemos no transforma nuestra manera de vivir, entonces no ha sido verdaderamente incorporado. Lo que decimos creer, debe ser lo que podemos vivir, porque Dios no busca solo creyentes que declaren, sino hijos que reflejen Su voluntad.

Los hijos de Dios, debemos ser hombres y mujeres coherentes con la verdad que profesamos. No perfectos, pero alineados. No impecables, pero genuinos. El mundo no necesita religiosos que practiquen liturgias pero que no den

fruto. Reitero: debemos ser coherentes, porque al final los hechos siguen hablando. Y lo que dicen... no podrá ser ignorado.

“Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica.”

Efesios 2:10

Capítulo quince

GESTIONAR LA FE CORRECTAMENTE

“Y sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe, y que es remunerador de los que le buscan”.

Hebreos 11:6

La fe no es un concepto abstracto ni una emoción momentánea. No es una declaración positiva ni un impulso espiritual ocasional. La fe es una realidad que debe ser comprendida, asumida y correctamente gestionada. Porque aunque es un regalo de Dios, también es una responsabilidad del hombre.

Muchos hablan de fe, pero pocos entienden cómo vivir desde ella. La Escritura dice: **“El justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17)**. No dice que la fe es un recurso ocasional, sino un sistema de vida. No es algo que se usa en momentos de necesidad, es la base sobre la cual se construye toda la existencia del creyente.

Pero vivir por fe no significa actuar sin criterio, ni ignorar la realidad, ni forzar resultados. Significa vivir alineado con lo que Dios ha dicho, independientemente de lo que se perciba en el momento. Es una respuesta consciente a la verdad revelada. La fe no se improvisa porque no funciona por deseos, sino que se administra porque funciona en legalidad de lo entregado por Dios.

Jesús enseñó principios claros sobre esto. En la parábola de los talentos (**Mateo 25:14 al 30**), no se evalúa cuánto recibió cada uno, sino qué hizo con lo que recibió. La diferencia no está en la cantidad, sino en la gestión. Uno negoció, otro multiplicó, y otro escondió lo que tenía. Este último, no fue reprendido por perder, sino por no gestionar.

La fe que no se ejerce, se estanca. La fe que no se activa, se debilita. La fe que no se administra correctamente, se vuelve estéril.

Gestionar la fe implica varias dimensiones. En primer lugar, entender su origen. ***“La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17)***. No nace de la emoción, ni de la necesidad, ni del deseo. Nace de la Palabra. Por lo tanto, no se puede esperar una fe sólida si la fuente de alimentación es inestable. La fe se construye sobre verdad, no sobre expectativa.

También implica protegerla. Así como una semilla necesita condiciones adecuadas para crecer, la fe necesita un entorno que la sostenga. Pensamientos contrarios, palabras

negativas, influencias incorrectas... todo eso puede afectar su desarrollo. Por eso, no todo debe ser permitido en la mente. No todo pensamiento debe ser aceptado. Porque lo que se permite entrar, puede debilitar lo que Dios ha establecido.

Pablo lo expresa así: ***“Llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5)***. Gestionar la fe también es gestionar lo que se piensa. Debemos tener mucho cuidado, porque los pensamientos y las palabras no son inocentes, pueden abortar la fe si están impregnados de dudas o incredulidad.

Además, implica accionar. La fe no es pasiva. No se limita a creer internamente, se expresa externamente. No se queda en lo invisible, se manifiesta en decisiones concretas. Como está escrito: ***“Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras” (Santiago 2:18)***.

No se trata de hacer para tener fe, sino de hacer justamente porque tenemos fe. La acción no produce la fe, pero la revela. La legalidad de la fe está fundamentada en lo que Dios nos habló y nuestra obediencia la gestiona por medio de obras acordes a la voluntad de Dios.

También implica perseverar. Porque la fe no siempre ve resultados inmediatos. Hay procesos, hay tiempos, hay momentos donde lo que se cree no coincide con lo que se ve. Y es ahí donde la fe madura. No cuando todo es claro, sino cuando se sostiene en medio de la incertidumbre.

Hebreos 10:36 lo dice con precisión: *“Os es necesaria la paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa”*. La fe necesita constancia. No se abandona cuando no se ve, se afirma en lo que se ha recibido.

Pero quizás uno de los errores más comunes es intentar usar la fe fuera del diseño. Se pretende activar la fe sin alineación, se busca resultado sin obediencia, se declara sin fundamento y eso genera frustración.

Porque la fe no es una herramienta para lograr lo que el hombre quiere, es un medio para vivir en lo que Dios ha establecido. No se trata de imponer la voluntad propia, sino de alinearse con la voluntad divina.

Jesús mismo lo modeló. En Getsemaní, diciendo: *“No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42)*. Esa es la expresión más pura de fe: confiar plenamente en el diseño de Dios, incluso cuando no coincide con el deseo personal.

La fe bien gestionada no busca controlar, busca alinearse. Y cuando eso ocurre, la vida se estabiliza. Ya no depende de circunstancias, ni de emociones, ni de resultados inmediatos. Se sostiene en una verdad mayor.

El problema no es la falta de fe, muchas veces es la falta de comprensión sobre cómo vivir desde ella. Se cree, pero no se administra, se declara, pero no se sostiene, se espera, pero no se actúa y así, la fe pierde efectividad.

Pero cuando es correctamente gestionada, produce fruto. No solo en lo externo, sino en lo interno. Genera paz, estabilidad, dirección. Permite caminar incluso cuando no todo está claro. Porque la fe no elimina los procesos, pero sí define cómo se atraviesan, y al final, no se trata de cuánto decimos creer, sino de cómo estamos viviendo eso que decimos creer.

La fe no se mide por intensidad, sino por coherencia, y una fe bien gestionada no solo habla... camina, produce, sostiene, genera hasta concretar.

“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.”

1 Juan 5:4

PARTE V

JESUCRISTO LA RESTAURACIÓN DEL DISEÑO

Capítulo dieciséis

EL SEGUNDO ADÁN

La historia del hombre no termina en el Edén. Aunque allí comenzó la caída, también allí se anticipó la redención. Porque Dios no solo confrontó el error, también anunció la solución. En medio del juicio, dejó ver la esperanza. Y esa esperanza tiene nombre: Jesucristo.

La Escritura presenta a Jesús como el *“postrer Adán”* (**1 Corintios 15:45**). No como una repetición, sino como una restauración. No como una segunda oportunidad del mismo modelo, sino como el inicio de una nueva humanidad.

El primer Adán representa al hombre natural, formado del polvo, conectado inicialmente con Dios, pero caído por su desobediencia. El segundo Adán, Cristo, representa al hombre espiritual, venido del cielo, plenamente alineado con el Padre, y victorioso por Su obediencia.

Uno introdujo el pecado, el otro introdujo la justicia; uno trajo la muerte, pero el otro trajo vida en abundancia; uno se desconectó del Padre, pero el otro restaura la conexión abriendo camino al Padre por medio de Su propia sangre. El contraste es absoluto, y a la misma vez definitivo.

Romanos 5:19 lo expresa con precisión: *“Porque, así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”*. No se trata solo de acciones, se trata de representaciones. Cada uno encabeza una forma de vivir.

Adán representa la independencia, pero Cristo representa la dependencia absoluta. Adán toma del árbol de la ciencia del bien y del mal para ser como Dios, pero Cristo se sometió al Padre en todo, caminando en Su perfecta voluntad. Adán actuó desde su propia percepción, pero Cristo vivió desde lo que oyó del Padre.

Jesús mismo lo declaró: *“No hago nada por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo”* (**Juan 8:28**). Esa es la vida del segundo Adán: una vida completamente alineada, sin autonomía, sin independencia, sin desviación, y en esa alineación está la restauración.

Porque lo que el hombre perdió no fue solo una posición, fue una forma de vivir. Perdió la dependencia, la comunión, la claridad. Y Cristo no vino solo a devolvernos un lugar, vino a devolvernos una manera de vivir.

Por eso, debemos comprender que el Evangelio del Reino no es solo perdón de pecados, es impartición de la naturaleza divina. No ingresamos al Reino por aceptación, sino por regeneración. “No solo somos perdonados, somos hechos nuevos.”

La Escritura lo declara: ***“De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).*** Esto no es una mejora del viejo hombre, es el nacimiento de uno nuevo. Una nueva identidad, una nueva naturaleza, una nueva forma de pensar.

Ya no se trata de intentar vivir correctamente desde la vieja estructura, sino de aprender a vivir desde lo que ya ha sido hecho en Cristo. Ese es uno de nuestros mayores desafíos: dejar de identificarnos con el primer Adán y comenzar a vivir en las virtudes y la plenitud del segundo.

Porque muchos han recibido la vida de Cristo, pero siguen pensando desde la lógica antigua. Han sido transformados en su espíritu, pero no han renovado su entendimiento. Y eso genera una desconexión interna. Son nuevas criaturas, pero siguen viviendo como el primer Adán, tratando de gobernarse solos.

Por eso Pablo dice: ***“Vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24).*** No es crear algo nuevo, es apropiarse de lo

que ya ha sido dado. Es dejar de vivir desde lo que se era, y comenzar a vivir desde lo que se es.

Cristo no solo vino a salvarnos del pasado, vino a definir nuestro presente. En Él, volvemos a encontrar nuestra verdadera identidad. Ya no definida por el error, ni por la caída, ni por la historia personal. Sino definida por la obra perfecta de Aquel que obedeció hasta el final. Y esa identidad no es frágil, es firme, porque no está basada en el desempeño humano, sino en la fidelidad de Cristo.

El segundo Adán no falló donde el primero falló. No cedió donde el otro cedió. No se desvió donde el otro se desvió. Y gracias a eso, abrió un camino completamente nuevo. Un camino donde la vida no se construye desde el esfuerzo, sino desde la gracia, donde la relación con Dios no se basa en el mérito, sino en la comunión, donde la identidad no se gana, se recibe.

Pero ese camino requiere una decisión: Dejar de vivir desde la vieja referencia y comenzar a vivir desde la nueva. Dejar de interpretar la vida desde la caída, y comenzar a verla desde la redención. Dejar de pensar como el primer Adán, y aprender a pensar como Cristo.

Porque no basta con creer en el segundo Adán, es necesario vivir en Él. Y eso implica rendir la antigua manera de pensar, soltar la autosuficiencia, abandonar la independencia. Volver a la dependencia que el primer Adán perdió... pero ahora, desde una posición restaurada.

Cristo no solo corrigió el error, inauguró una nueva realidad, y todo aquel que está en Él, ya no pertenece al antiguo orden, pertenece a una nueva creación, a una vida que no comienza en el esfuerzo, sino en la obra terminada, a una identidad que no se construye, se recibe. Y desde ahí... todo es transformado en bendición.

“El que dice que vive en Dios debe vivir como Jesús vivió.”

1 Juan 2:6 NTV

Capítulo diecisiete

DESNUDOS ANTE DIOS

“Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban”
Génesis 2:25

Antes de la caída, la Escritura declara algo profundamente revelador, que tanto Adán como Eva estaban desnudos y no sentían vergüenza. Esto no intentó ser una simple descripción literaria, era una condición espiritual. Vivían sin ocultamiento, sin temor, sin necesidad de cubrirse. Eran completamente transparentes delante de Dios.

Pero después del pecado, esa realidad se rompió. La desnudez, que antes no generaba conflicto, les produjo una gran vergüenza. Esa vergüenza los llevó a intentar ocultamiento. Y por supuesto, el ocultamiento fue una clara evidencia de la ruptura de la comunión con el Creador.

La vergüenza no nace de Dios, nace del pecado y la desconexión. Es el resultado de haber perdido la referencia

correcta de identidad. Cuando el hombre deja de verse como Dios lo ve, comienza a percibirse desde su error. Y esa percepción lo lleva a esconderse.

Adán no se cubre porque Dios lo expone, se cubre porque él se percibe mal. Y esto es lo que sigue ocurriendo hoy en día con todos los seres humanos. De alguna manera, todos tratan de ocultarse de diferentes maneras. Esto tiene lógica y es inevitable, lo que no debe ocurrir es que algunos hijos de Dios procedan de esa manera.

Algunos viven espiritualmente vestidos de hojas de higuera. No porque Dios los rechace, sino porque ellos no han comprendido cómo Dios los ve. Han aprendido a relacionarse desde la culpa, desde la insuficiencia, desde la vergüenza. Y desde ahí, construyen una vida de apariencias.

Se muestran, pero no se exponen, se acercan, pero no se abren. Participan, pero no se entregan, y así, la relación con Dios se vuelve superficial.

El diseño original nunca fue ese. Dios no creó al hombre para que viviera escondido, lo creó para que viviera expuesto en amor. No para que se cubriera con sus propios recursos, sino para que caminara bajo Su presencia.

Por eso, después de la caída, Dios mismo hace algo significativo: ***“Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió”*** (Génesis 3:21). El hombre intentó cubrirse con hojas, pero Dios proveyó una cobertura

real. Esto no es un detalle menor, es el envase de una gran revelación.

La cobertura que Dios da no es superficial, es profunda. No es temporal, es efectiva. No es producida por el hombre, es provista por Dios. Y para que esa cobertura existiera, hubo muerte. Hubo un sacrificio. Ahí se produjo un anticipo de lo que Cristo vino a cumplir plenamente. Porque la verdadera cobertura no está en lo que el hombre hace, sino en lo que Dios ha hecho, una vez y para siempre.

Jesús es la respuesta definitiva a la vergüenza del hombre. No solo perdona el pecado, restaura la identidad. No solo limpia la culpa, elimina la necesidad de esconderse. Por eso la Escritura dice: ***“Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1)***. No dice que no hay error, dice que no hay condenación, eso lo cambia todo.

Porque la condenación mantiene al hombre escondido, pero la gracia lo invita a acercarse. La vergüenza lo empuja a cubrirse, pero el amor lo llama a exponerse. Y esa exposición no es para avergonzarlo, es para sanarlo.

Hebreos 4:16 lo expresa así: ***“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia”***. No con temor, no con culpa, no con inseguridad... sino con confianza. Eso solo es posible cuando la identidad ha sido restaurada.

Volver a estar “desnudos y sin vergüenza” no significa ausencia de conciencia, significa restauración de relación.

Significa poder estar delante de Dios sin máscaras, sin filtros, sin necesidad de aparentar. Significa vivir desde la verdad, no desde la imagen, pero esto requiere desaprender.

Porque muchos han sido formados en una espiritualidad basada en el rendimiento. Donde la aceptación depende del comportamiento, donde la cercanía se mide por el desempeño, donde la relación se sostiene por el esfuerzo, y eso produce desgaste, porque nadie puede sostener una relación profunda desde la apariencia.

Dios no busca perfección externa, busca verdad interna. No busca hombres impecables, busca hombres sinceros. No busca imágenes correctas, busca corazones alineados. El salmista lo entendía cuando dijo: ***“Tú amas la verdad en lo íntimo”*** (Salmos 51:6). No en la superficie, no en lo visible, sino en lo profundo. Y esa verdad solo puede manifestarse cuando se deja de esconder.

Porque mientras el hombre se cubre con sus propios recursos, no puede experimentar la cobertura de Dios. Mientras se aferra a su imagen, no puede vivir desde su identidad. Mientras teme ser visto, no puede ser restaurado.

Pero cuando nos rendimos... Cuando dejamos de sostener las apariencias... Cuando nos presentamos tal como somos... Cuando soltamos la necesidad de escondernos... Entonces algo ocurre: La gracia nos cubre, el amor del Padre nos restaura, nuestra identidad se afirma, y podemos vivir

como fue diseñado por el Creador: en comunión, en libertad, en transparencia.

No perfectos en nosotros mismos, pero alineados en Cristo. No impecables por méritos personales, en justicia por causa de Cristo. Él fue desnudado y humillado en la cruz del Calvario, pero se presentó ante el Padre y fue aceptado eternamente y para siempre. Ahor nosotros, desnudos también en Él... y sin vergüenza otra vez.

No porque no haya historia, sino porque hay redención. No porque no haya pasado, sino porque hay una nueva identidad que sepultó todo aquello. Una identidad que no edificamos nosotros, sino que nos fue dada por gracia, una identidad que no necesita esconderse, porque es santa, porque es íntegra, porque es Cristo.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Gálatas 2:20

Capítulo dieciocho

LA MENTE DE CRISTO

“Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.”

1 Corintios 2:16

La restauración que Dios obra en el hombre no se limita a su posición espiritual, también alcanza su manera de pensar. No se trata solo de ser hechos nuevos, sino de aprender a vivir desde esa novedad. Porque una nueva naturaleza sin una mente renovada produce una vida incongruente.

El hombre puede haber sido transformado en su espíritu, pero si sigue pensando desde los patrones antiguos, vivirá limitado por ellos. Por eso, la obra de Dios no termina en la salvación, continúa en la renovación del entendimiento.

La Escritura lo declara con claridad: *“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”* (Romanos 12:2). La

transformación no ocurre automáticamente en la mente, requiere un proceso. No es instantánea, es progresiva. Y ese proceso define la calidad de vida que podemos expresar.

Porque la gracia nos ha posicionado en Cristo, pero solo podemos vivir aquello que llegamos a entender.

Aquí es donde aparece una de las declaraciones más poderosas del Nuevo Testamento: ***“Mas nosotros tenemos la mente de Cristo”***. No dice que debemos intentar alcanzarla, dice que la tenemos. Es una realidad espiritual que necesita ser desarrollada en lo práctico.

Tener la mente de Cristo no significa pensar exactamente lo mismo en todo momento, sino tener acceso a una forma de pensar alineada con Dios. Es la capacidad de ver desde el Reino, de interpretar la realidad desde la verdad eterna, de responder no desde la lógica natural, sino desde la revelación. Es pensar desde arriba, no desde abajo.

Jesús vivió constantemente desde esa dimensión. No reaccionaba según las circunstancias, respondía según lo que veía en el Padre. No se movía por presión externa, sino por dirección interna. No interpretaba la realidad desde lo visible, sino desde lo eterno.

Por eso podía decir cosas que parecían ilógicas para el pensamiento natural. Amar al enemigo, bendecir al que maldice, no afanarse por el mañana... no son principios

accesibles desde una mente natural. Requieren una forma de pensar diferente. Requieren la mente de Cristo.

Pero esta mente no se activa automáticamente. Aunque ha sido impartida, necesita ser desarrollada. Y ese desarrollo ocurre a través de la exposición continua a la verdad. A medida que la Palabra de Dios es recibida, la mente comienza a ser renovada. No se trata de acumular información, sino de transformar la interpretación.

Porque la mente es el filtro a través del cual se procesa la vida. Y si ese filtro está contaminado, todo lo que se percibe será distorsionado. Pero cuando ese filtro es renovado, la percepción cambia. Y cuando cambia la percepción, cambia la manera de vivir.

Por eso Pablo insiste en algo fundamental: ***“Vestíos del nuevo hombre... renovados en el espíritu de vuestra mente”*** (Efesios 4:23 y 24). No basta con haber recibido una nueva naturaleza, es necesario aprender a pensar desde ella.

La mente natural opera desde la lógica, la experiencia, la emoción. Evalúa según lo que ve, decide según lo que siente, concluye según lo que entiende. Pero la mente de Cristo opera desde la verdad revelada. No niega la realidad, pero no se somete a ella. La interpreta desde Dios.

Esto no significa vivir desconectado del mundo, sino vivir correctamente posicionado en él. No es ignorar lo que ocurre, es no permitir que lo que ocurre defina lo que se cree.

Es mantener una referencia superior, porque el problema no es lo que pasa afuera, sino cómo se interpreta por dentro, y esa interpretación depende de la mente.

Hoy, muchos creyentes viven con una identidad nueva, pero con una mentalidad antigua. Han sido redimidos, pero siguen pensando como antes. Y eso genera una vida limitada, inestable, contradictoria. Porque no se puede vivir en plenitud con una mente sin renovar.

Por eso, la renovación del entendimiento no es opcional, es esencial. Es parte del proceso de madurez. Es el puente entre lo que Dios hizo y lo que el hombre vive. Y esa renovación implica desaprender.

Desaprender formas de pensar que no provienen de Dios, desaprender interpretaciones que han sido incorporadas por años, desaprender criterios que se han normalizado, pero no están alineados, y luego, aprender nuevamente.

Aprender a ver como Dios ve, aprender a pensar como Cristo piensa, aprender a responder desde la verdad. Esto no ocurre de un día para otro, pero sí comienza con una decisión. La decisión de no conformarse, la decisión de no aceptar como normal lo que no está alineado, la decisión de exponer la mente a la verdad constantemente.

La mente se forma por exposición, y aquello a lo que más nos exponemos, termina moldeando nuestra manera de pensar. Por eso, la pregunta no es solo qué estamos creyendo,

sino qué está formando nuestro pensamiento. Porque tener la mente de Cristo no es un título, es una práctica, es una forma de vivir. Y cuando esa mente comienza a operar, algo cambia profundamente.

La ansiedad pierde fuerza, la confusión se disipa, la dirección se afirma. No porque todo alrededor sea perfecto, sino porque la interpretación ha sido corregida, y cuando la mente se alinea, la vida se ordena. Porque todo comienza en cómo se piensa y luego termina en cómo se vive.

“¿Quién es sabio y entendido entre ustedes? Que lo demuestre con su buena conducta, mediante obras hechas con la humildad que le da su sabiduría”.

Santiago 3:13

Capítulo diecinueve

VOLVIENDO A LA FUENTE CORRECTA

Todo el recorrido vuelve a este punto. No importa cuánto haya aprendido el hombre, cuánto haya experimentado o cuánto haya construido; si la fuente está equivocada, el resultado también lo estará. Porque la vida no se define solo por lo que se hace, sino por desde dónde se vive.

El problema en el Edén no fue solo una decisión equivocada, fue una desconexión de la fuente correcta. Y desde entonces, toda la historia del hombre ha sido, en esencia, una búsqueda constante de aquello que se perdió: “la referencia verdadera”.

La búsqueda termina en Cristo. Él no es solo una respuesta más, es la fuente restaurada. No es una opción entre muchas, es el punto de retorno. Por eso Jesús declara: “*Yo*

soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). No hay múltiples accesos, no hay rutas alternativas. La vida vuelve a ordenarse únicamente cuando se vuelve a Él.

Volver a la fuente correcta no es un acto emocional, es una decisión consciente. Es reconocer que muchas de las cosas que se han aprendido, asumido o normalizado, no provienen de Dios. Es detenerse y evaluar no solo lo que se cree, sino de dónde proviene eso que se cree.

Porque no todo lo que ha formado nuestra vida vino de la verdad, y reconocer eso requiere humildad. Sin humildad no se puede reconocer los errores, no se puede desaprender y no se puede vivir bajo el gobierno del Espíritu Santo.

Sin embargo, volver a empezar no es retroceder, es alinearse. La Escritura establece con claridad cuál es la fuente correcta: ***“Toda la Escritura es inspirada por Dios... a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16 y 17).*** La Palabra no es solo un libro, es el estándar. No es una referencia más, es la medida, es el filtro que corrige toda interpretación.

Pero la Palabra no actúa sola. El Espíritu Santo es quien la vivifica, quien la revela, quien la hace comprensible y aplicable. Jesús dijo: ***“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” (Juan 16:13).*** No a una parte, no a una versión, sino a toda la verdad.

Esto significa que nuestra vida no está diseñada para ser guiada por intuición, ni por emoción, ni por lógica humana. Está diseñada para ser guiada por el Espíritu, a través de la Palabra. Esa es la fuente correcta.

Una vida guiada, no improvisada, una vida alineada, no reactiva. Una vida formada desde la verdad, no desde la experiencia, pero volver a la fuente también implica abandonar otras corrientes que han alimentado nuestra manera de pensar y de vivir.

No se puede vivir con dos fuentes internas, sin padecer confusión. No se puede sostener la verdad y la distorsión al mismo tiempo. Tarde o temprano, una se impondrá sobre la otra. Por eso Santiago advierte: “*¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?*” (Santiago 3:11). La coherencia espiritual exige definición. No se trata de mezclar, sino de elegir, y elegir implica renunciar.

Renunciar a pensamientos que no provienen de Dios, renunciar a ideas que han sido cómodas, pero incorrectas, renunciar a interpretaciones que pueden haber guiado nuestra vida, pero que no están alineadas. Porque no todo lo que nos ha sostenido, ha sido correcto.

Volver a la fuente es volver a la verdad. Y la verdad no siempre es cómoda, pero siempre es liberadora. No siempre es fácil de aceptar, pero siempre es correcta. Y cuando el hombre decide volver, algo comienza a ordenarse.

Las prioridades se ajustan, las decisiones se clarifican. la vida recupera dirección. No porque todo cambie de inmediato, sino porque la base ha sido corregida.

Jesús habló de esto cuando dijo: ***“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca”*** (Mateo 7:24). La diferencia no está en escuchar, sino en edificar sobre lo revelado. Porque no basta con conocer la fuente, es necesario vivir desde ella.

Muchos saben lo correcto, pero viven desde lo aprendido. Conocen la verdad, pero siguen guiándose por otras voces. Y esa desconexión genera una vida dividida, pero cuando se vuelve a la fuente... Cuando la Palabra se convierte en el estándar, cuando el Espíritu se convierte en el guía, cuando Cristo se convierte en el centro, entonces la vida se unifica.

Ya no hay doble ánimo, no hay confusión constante, no hay contradicción interna, solo hay dirección clara y el impulso de una fe bien fundamentada.

Volver a la fuente correcta no es un evento puntual, es una práctica diaria. Es decidir cada día desde dónde vamos a pensar, desde dónde vamos a creer, desde dónde vamos a vivir. Porque siempre habrá otras voces que pretendan enseñarnos, pero solo una es la verdad.

Esa verdad es eterna, no cambia, no se adapta, no se negocia, simplemente permanece. Todos los que fuimos alcanzados por la gracia y tenemos la libertad de volvernos a la verdad, comenzamos a vivir no desde el engaño... sino desde la realidad para la cual fuimos creados y eso es verdaderamente glorioso.

Al final, todo se resume en una sola pregunta que atraviesa la historia de toda la humanidad: ¿Quién te enseñó? Como alguien alcanzado por la gracia soberana, solo ruego que sea Cristo... De ahora y para siempre, en todos y para todos: ¡Cristo!

***“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida;
nadie viene al Padre, sino por mí.”***

Juan 14:6

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

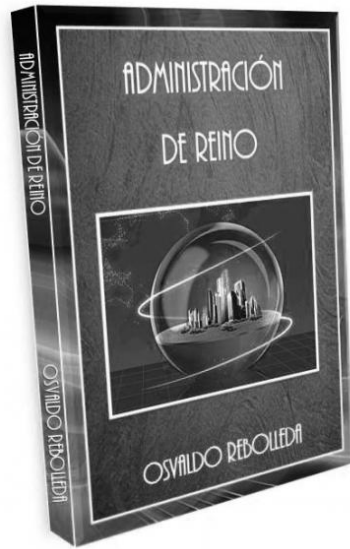
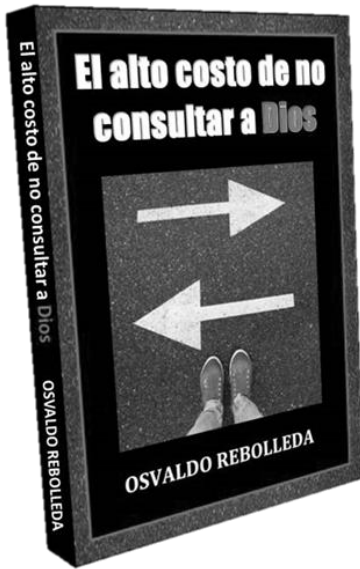
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

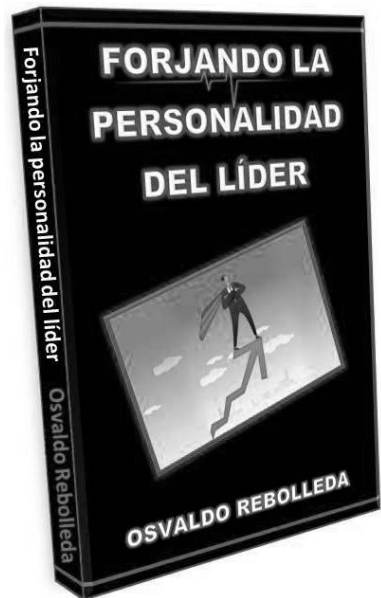
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

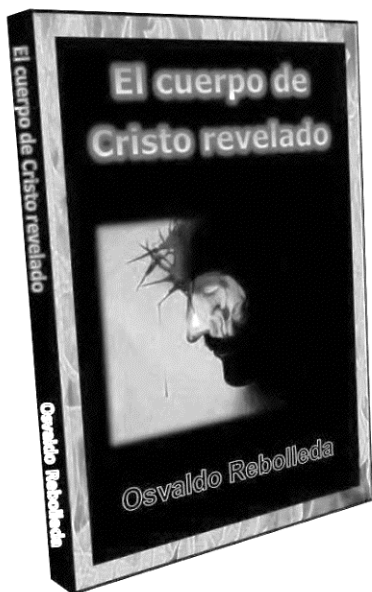
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

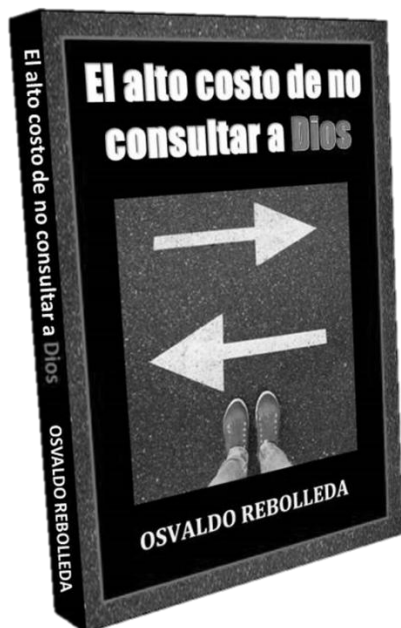


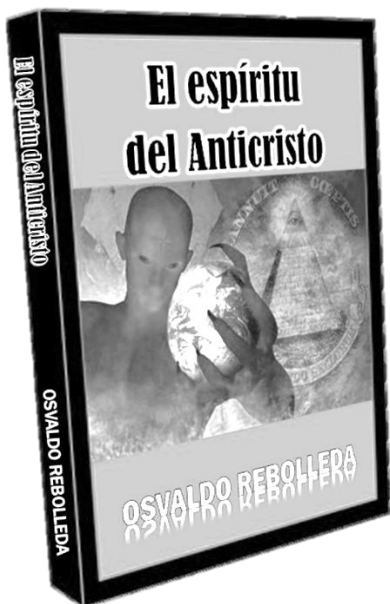
www.osvaldorebolleda.com



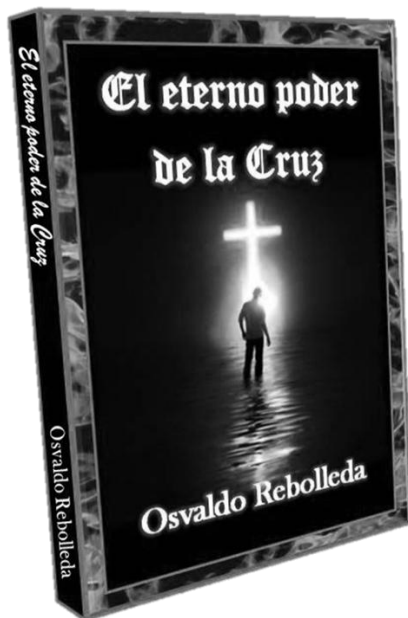
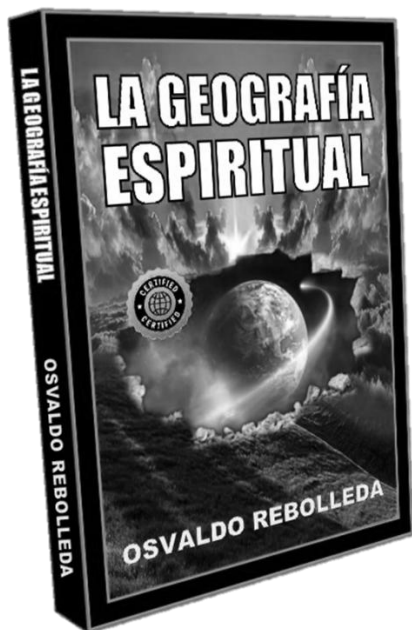


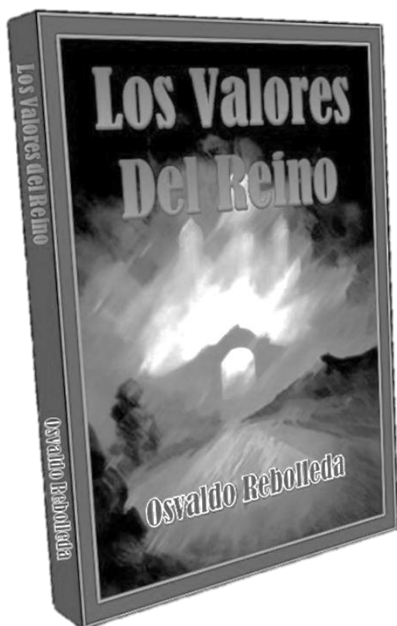
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

